2-5/42

ARTURO CAYUELA PELLIZZARI.

NOTAS Y PRELUDIOS.

COLECCION DE POESÍAS,

PREMIADAS UNAS É INÉDITAS OTRAS,

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

POR

D. Alfredo de Castro y Torregalde.

PAMPLONA.
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE REGINO BESCANSA,
calle de Mercaderes núm. 25.

1885.

7667

A MI QUERIDO HIJO.

Varias de las composiciones que figuran en el presente volúmen han sido escritas junto á tu cuna, en esos dulcísimos instantes en que el puro sueño de la inocencia te hacía sonreir con la alegría de los ángeles.

Cuando tu inteligencia se desarrolle por medio del estudio y la meditacion, cuando estés en aptitud de comprender, sentir y reflexionar, lee estos humildes renglones que, á falta de otros méritos, tienen la ventaja de hacer ver lo que puede en el hombre el amor á la patria, la idea de lo bello, y ese encanto que solo se disfruta al calor del hogar; fuente sublime de todos los amores y de todas las esperanzas.

TU PADRE

El autor.

SUMARIO.

		Págs.
	Prólogo	IX
1.ª	**La toma de Zaragoza** (Poema) Primer premio—Diploma de honor—Certámen de Santa Cruz de Tenerife—1884 . . .	21
2.ª	**La Rota de Roncesvalles**—(Poema) Primer premio—Medalla de plata—Certámen de Pamplona de 1882. . . .	39
3.ª	**Al sitio de la Isla de Leon**—(Poema) Primer premio—Un estuche de escritorio de plata—Certámen de San Fernando (Cádiz) 1881	57
4.ª	**El signo de Redencion**—(Oda) Accésit—Diploma de honor—Certámen de Palma de Mallorca—1884.	71
5.ª	**Hero y Leandro**—(Leyenda)	80
6.ª	**En el mar.**	86
7.ª	**Los niños huérfanos**.	89
8.ª	**Luz que nace y luz que muere**.	92
9.ª	**El toque de ánimas**.	92
10.	**El niño enfermo**.	95
11.	**La mejor riqueza**.	96
12.	**En el templo**.	99
13.	**¡Madre del alma!**.	101
14.	**¡Dolorosa!**	103
15.	**La tormenta**	105
16.	**¡Un angel!**	107
17.	**La amistad**.	108
18.	**Virtud sin oro**.	110
19.	**Alma perdida**.	111
20.	**Una página en blanco**	112
21.	**Lo infinito**	113

PRÓLOGO.

Hasta hace pocos años contadas eran las personas que paraban su atencion en las obras literarias, de uno ú otro género, que veían la luz pública en nuestras capitales de provincia.

Como real y verdaderamente el movimiento literario de una nacion reside en su capital, y el espíritu centralizador del siglo XIX quiere monopolizar tambien hasta los productos del ingenio, haciendo que los mismos aparezcan siempre en donde más probabilidades existen de darlos á conocer, para conseguir de este modo un producto positivo, una industria próspera y floreciente: de aquí el que los aficionados á las bellas letras no hayan podido admirar más que aquellos libros que diariamente aparecen expuestos en los primeros establecimientos libreros de la populosa villa de Madrid.

Esto tuvo su razon de ser en aquellos tiempos en que el escritor buscaba carta de naturaleza en la Capital de España para dar á conocer, despues de muchas penalidades, obstáculos y sufrimientos, los productos de su inteligencia. En aquellas épocas en que la ilustracion de todas y cada una de las provincias era insuficiente para apreciar de la manera debida el talento del poeta, del literato y del artista; en aquella edad en que la industria tipográfica se encontraba, casi puede decirse que en mantillas; no siendo este el motivo de ménos peso para que los escritores provincianos abandonasen su país natal para dirigirse en busca de gloria y editores á la primera capital de la Península.

Pero ya hemos dicho y es conveniente repetirlo ahora, que en la actualidad sucede todo lo contrario; puesto que esas mismas provincias, en donde apénas se publicaba un libro por falta de lectores, son

las primeras en dar crecido contingente á la literatura nacional; siendo algunas de las obras que se publican en los varios territorios de España muy dignas de estudio por su característica importancia, utilidad y múltiples bellezas que contienen.

El paso que se ha dado para emancipar á los escritores provincianos de la tutela y fiebre centralizadora de Madrid, es, en nuestra opinion, de suma trascendencia, y significa bien á las claras que el público de nuestros días, haciendo uso de la reflexion, la lógica y el convencimiento, considera muy mucho los trabajos intelectuales de toda índole que aparecen, no tan solo en las columnas de los periódicos políticos y doctrinales de las diferentes regiones españolas, sino en libros y folletos; algunos de los cuales, alegría dá el decirlo, muestran sus honrosos títulos en los centros literarios más concurridos de la Corte.

Ya una obra cualquiera, siendo buena, no necesita el padrinazgo del público madrileño; siendo así que por la utilidad de su fondo y la belleza artística de su forma, honra, no solamente á quien la produjo, sino tambien á la provincia ó comarca en donde se publica.

Bien es verdad que la mayor parte de los libros que produce el ingenio en las capitales ó poblaciones de importancia de fuera de Madrid, están casi todos ellos dedicados á la amena literatura; es decir: á la poesía y á la novela; pero esto nada tiene de extraño si se reflexiona que el escritor de provincia no hace, salvas pocas excepciones, oficio alguno de su profesion; y por este motivo y tambien por lo que á la parte económica se refiere, es por lo que el literato no cortesano, dedica los esfuerzos de su númen y las primicias de su talento al género literario que se halla más en consonancia con los gustos y aficiones de la comarca para donde escribe.

Y ahora; concretándonos al asunto primordial de que es objeto el prólogo que escribimos, forzosamente hemos de manifestar que el presente libro del popular y conocido vate navarro Sr. Cayuela Pellizzari, es de esos que con justicia merecen aplausos y alabanzas, siendo así que pone de manifiesto lo que antes hemos dicho: que no es necesario que una publicacion literaria, cualquiera que esta sea, aparezca en los escaparates de las librerías de Madrid, para que el público inteligente la solicite y el crítico imparcial encuentre en ella bellezas de primer órden, que no son privilegio exclusivo de los literatos que habitan en la primera Capital de España.

El Sr. Cayuela Pellizzari no ha tenido ocasion oportuna de darse á conocer en los centros literarios de la Corte, por más que en su país natal y en varias provincias de la península se le conozca de un

modo ventajoso y que habla muy alto en favor de sus singularísimas facultades y aptitudes.

El jóven poeta y literato á quien nos referimos y con el cual no nos liga ninguna clase de amistad, es de aquellos que han nacido para brillar y dar días de gloria á su patria, si el mezquino espíritu de provincialismo no ahoga en gérmen las nada comunes disposiciones que en él se notan y campean en todos sus escritos.

Si en lugar de un sencillo prólogo escribiéramos un juicio crítico respecto á las diferentes obras dadas á luz por el Sr. Cayuela, fácil nos sería demostrar que en cuantos géneros se dedica, tiene el especial acierto de unir á la inmejorable doctrina del fondo la no ménos difícil belleza de la forma artística.

Como crítico, son dignos de estudio sus trabajos (que humildemente el Sr Cayuela llama bocetos) sobre algunas de las Obras dramáticas de la época moderna; sus artículos respecto al desenvolvimiento y modo de ser de la literatura drámatica actual, y muy en particular del género realista, y sus estudios acerca de la nueva marcha que sigue el arte contemporáneo.

Como novelista ha demostrado suficientemente la riqueza de su imaginacion, su facilidad para el diálogo y las galas del buen decir en su libro «*Los Mártires de la pobreza*;» bellísima obra que muy pocos conocen, pero que es sin duda alguna el mejor trabajo en prosa de los que han brotado de la correcta é inspirada pluma del Sr. Cayuela.

Como publicista podemos enumerar los diferentes artículos insertos en los más principales periódicos de España.

Finalmente, como poeta, pregonan su valer la multitud de composiciones escritas en estos últimos tiempos, y entre las cuales existen quince ó veinte, por lo menos, laureadas con primeros premios, accesits y diplomas de honor en diversos certámenes literarios, así de España como de Francia, Portugal y América.

Bajo este último aspecto es como tenemos que considerar hoy al Sr. Cayuela Pellizzari; ya que el presente libro se halla dedicado á dar á conocer las mejores y más aplaudidas poesías de su numerosa cuanto brillante coleccion.

Pocas, muy pocas de las que el mencionado Sr. Cayuela ha escrito, son las que aparecen en la presente obra; pero lo corto y reducido del número se compensa muy bien con el mérito intrínseco y extrínseco que encierran.

Las veintiuna composiciones que figuran en el índice de esta obrita pertenecen á diferentes géneros; y todas ellas, por su estilo y

asunto, son dignas de que se las mencione. Así lo haremos, por mas que fijemos toda nuestra atencion en las tres primeras, por su importancia y por la razon poderosísima de que han obtenido honrosos premios en los últimos certámenes verificados.

Es la primera un bellísimo poema escrito en robusto y sonoro romance octosílabo; el metro más difícil de nuestra poesía; el más característico de todos por su índole genial, y para el que más fuerza de imaginacion y más dotes de inteligencia poética se necesitan.

Titúlase «*La toma de Zaragoza*» y tiene por objeto cantar los hechos gloriosos llevados á cabo en el siglo XII por los navarros y castellanos, al mando de D. Alfonso VII el Batallador durante la reconquista de aquella ciudad á los árabes, poseedores de una gran parte del territorio aragonés.

Divídela su autor en dos cantos; y en ellos, desde la primera hasta la última estrofa, se mantiene firme y vigorosa la entonacion, sin que por un instante decaiga la energía de todos y cada uno de sus preciosos versos.

En el primer canto, del genéro descriptivo puro, muestra ya el poeta sus especialísimas condiciones para esta clase de poesía legendaria, en donde se pone bien de relieve el carácter, costumbres y espíritu caballeresco de aquella edad varonil, guerrera y religiosa; y las estrofas con que dá comienzo el poema son claro indicio de lo admirablemente que el Sr. Cayuela Pellizzari sabe describir.

He aquí las estrofas á que nos referimos:

Noche plácida y tranquila,
azul y diáfano el cielo;
mucha calma en los espacios,
letal murmurio en los céfiros.

En la tierra todo sombras,
por doquier vago misterio;
hora las diez; el paraje
la guarda de un campamento.

Como se vé por los ocho primeros versos que copiamos, la descripcion se ajusta á las modernas máximas del arte literario, que exigen un estilo conciso en demasía; pues se hace imposible decir más cosas con tan poquísimas palabras.

De buen grado copiaríamos las estrofas que siguen; siendo así que en todas ellas resplandece la fértil vena, la espontaneidad y poderosa inspiracion del conocido vate navarro; pero como esto alar-

garía demasiado nuestro prólogo, nos ceñiremos única y esclusivamente, así en este poema, como en los sucesivos y demás poesías que contiene esta obrita, á hacer mencion de los pasajes más sobresalientes y más dignos de estudio; por más que todos ellos merezcan nuestros cumplidos elogios y nuestras imparciales alabanzas.

Del mismo primer canto de que vá hecho mérito, entresacamos los siguientes versos, que retratan de un modo admirable el carácter del personaje legendario que describe.

Fútil la costumbre llama
de luchar, sin que el acero
vibre y cruja y hienda y tiña
de sangre arneses y pechos.

¡Qué valentía en esta estrofa! ¡que bien escogidas las frases del tercer verso de la misma!

Más adelante el Sr. Cayuela Pellizzari trata de hacer ver lo que el ejército cristiano llevará á cabo, así que llegue el nuevo día; y esto le dá ocasion para escribir las dos inspiradas estrofas que insertamos, sin quitar ni un solo vocablo de las mismas.

Cuando la alborada asome;
cuando campiñas y cerros
y florestas se iluminen
con sus pálidos reflejos;

Cuando el encendido rayo
del sol reciba los besos
de las auras, que se agítan
murmurando en los oteros
. . . . . .

He aquí otra descripcion bellísima. En la segunda de las estrofas hay una imágen que impresiona por lo sencilla, tierna y delicada.

Tambien, al referirse á la bravura del valiente ejército de D. Alfonso, dice con inspirada valentía:

¿Quien resistirá su empuje?
¿quién, loco, imprudente y necio
contendrá su acometida,
cara á cara, y hierro á hierro,

Si el ejército cristiano,
que lucha altivo y resuelto,
es en lo invencible, roca,
y en lo inquebrantable, fuego?

Finalmente; termina el primer canto con un precioso pensamiento en el que resplandece toda la potente inspiracion del poeta; pues al tratar de la invencible firmeza de las huestes castellanas y navarras delante de los árabes, haciendo ver que á los pueblos dignos que sueñan con la gloria jamas se les humilla, lo demuestra cuando dice:

La fuerza del mundo es poca;
pues, para domar su esfuerzo,
aun la tierra en sus entrañas
no esconde bastante hierro

Todas las estrofas del segundo canto, el mejor sin duda alguna del poema, son dignas de particular mencion.

Al describir el valor indómito de los sitiadores de Zaragoza, exclama:

Es rugiente catarata
que intimida en sus horrores;
es torrente enfurecido
que troncha encinas y robles;

Es, en fin, alúd deshecho,
que, al desprenderse de golpe,
todo lo que encuentra arrasa;
todo lo que toca, rompe.

¡Qué espontáneas las comparaciones que embellecen estos ocho versos! ¡Qué bien buscadas para que la gradacion cause el efecto apetecido!

Es así mismo característica y se halla escrita con todo el fuego que inunda á torrentes el corazon del vate, la corta pero enérgica arenga que pone en boca del Batallador cuando en los últimos momentos del combate, la morisma cobra nuevas fuerzas para tratar de resistir, aunque inútilmente, el inquebrantable brío de las legiones castellanas y navarras.

A propósito no nos atrevemos á copiar las cuatro estrofas que siguen á la arenga; porque es tanta la inspiracion y la belleza que en-

cierran, que no queremos privar á los lectores del gusto de saborear, uno por uno, los diez y seis versos de que constan.

La segunda de las composiciones se titula «*La Rota de Roncesvalles*» y canta el prodigioso hecho de armas en donde el famoso Emperador Carlo-Magno sufrió la pérdida de sus huestes aguerridas, merced al valor y heroismo de los libres montañeses euskaros de las alturas de Altoviscar.

Como este poema ha sido juzgado ya en diferentes ocasiones por varios reputados críticos, nos abstenemos de hacer del mismo un estudio minucioso; concretándonos únicamente á señalar los pasajes ó estrofas más notables de los tres cantos en que se divide.

El verso endecasílabo, en que el mencionado poema se halla escrito, es valiente, enérgico, propio, en fin, de los asuntos de tal índole; y las descripciones, pinturas, pensamientos é imágenes que lo esmaltan, son prueba irrecusable del talento de su jóven y laureado autor.

Habla el poeta del valor característico del pueblo navarro; y, al referirse al indomable brío de la raza euskara oponiéndose á los ambiciosos planes del fundador de la dinastía Carlovingia, exclama:

No pensó que en las cumbres del Pirene,
muro eternal que la ambicion sofoca
de extrañas gentes, el valor sublime
de todo un pueblo sin cesar retoña;
y que ese sol, cuyos brillantes rayos
la blanca nieve de las crestas doran,
es más rico de luz cuando ilumina
la santa y noble libertad vascona.

¡Cuán bien se descubre en los anteriores versos el fuego que arde en el alma del poeta, y el amor patrio que le domina al describir la grandeza y el indomable brío de la Vasconia independiente!

En el mismo canto, y ya al final, dice tambien:

Si el magnífico sol que te ilumina
lo ardiente apaga de su lumbre roja;
si los picos que erizan el Pirene
de vascones valientes se coronan;
rayos habrá que al descender del cielo
venguen el mal que tu ambicion reporta,
y agudas lanzas que, al matar terribles,
desbaraten tus huestes triunfadoras.
. . . . . .

¡Qué frases tan valientes; que figuras tan atrevidas y que inimitable inspiracion existe en todos y cada uno de los seis versos que copiamos!

En el segundo canto, denominado «*Altoviscar,*» resplandece así mismo la fecunda imaginacion poética del Sr. Cayuela Pellizzari; y algunos de los pasajes que contiene entusiasman extraordinariamente por su energía, belleza y espontaneidad.

He aquí, entre los muchos que pudiéramos trascribir, ocho versos que por sí solos constituyen una joya literaria del poema á que nos referimos.

El Sr. Cayuela describe con vivísimos colores el combate sostenido en el desfiladero de Roncesvalles entre las legiones francas y los navarros; y despues de reseñar con levantado fuego las peripecias de hazaña tan memorable y gloriosa, dice:

El estrago se aumenta; el aire cruzan
bandas de buitres que al oler la carne
de su inmundo festin, con los despojos
se ensangrientan de rígidos cadáveres;
y la lumbre del sol, que baña el zénit,
finge lugúbres tintas cuya imágen
más espanto y horror causa al que muere
maldiciendo su orgullo abominable.

En el tercer canto titulado «*El triunfo de la Vasconia,*» hay tambien versos notabilísimos, que nos abstenemos de copiar por las razones que ya dejamos dichas.

En el órden de los trabajos marcados en el índice de esta Obra figura en tercer lugar el magnífico canto épico que lleva por título «*Al sitio de la isla de Leon*» y tiene por objeto recordar una de las páginas más gloriosas, uno de los hechos más valerosos de la memorable guerra de la Independencia.

Esta composicion, así como las anteriores, obtuvo justo y señaladísimo premio en público certámen, y cuantas frases dedicáramos en su elogio, resultarían pálidas despues de lo dicho por el jurado calificador en el informe que aparece al frente de dicho trabajo, y al que remitimos á los lectores del presente prólogo.

La primera estrofa que se nos ocurre copiar, es la siguiente.

Refiérese el poeta al valor invencible del pueblo español y de su característica arrogancia ante las legiones del coloso del siglo, y con inspirado y patriótico arranque esclama:

Nunca; no puede ser; la raza ibera
que su patria sin honra no concibe,
trizas hará las águilas traidoras
que se ciernen del Bósforo hasta el Tiber.

Ya la mágica voz de independencia
se oye doquier que la bravura existe;
ya el fuerte arnes y la acerada cota
Marte sañudo en su coraje ciñe;
y desde el Miño al Ebro y al Guadiana,
desde el Segura al Tajo y los Alduides
solo un grito se escucha que ensordece,
que atruena el aire y que venganza pide.

Así mismo es enérgica y vigorosa en grado extremo esta última estrofa con que termina el primer canto ó sea «*El grito de independencia.*»

Si es pobre el muro que su hogar defiende
y al certero disparo no resiste,
otro muro mejor Cádiz levanta:
¡los pechos nobles que nacieron libres!

Del segundo canto no resistimos á la tentacion de copiar dos pasajes bellísimos. Son estos la preciosa descripcion con que aquel dá comienzo, y las estrofas dedicadas á hacer notar el inquebrantable empeño de los gaditanos ante el empuje de las aguerridas huestes de Napoleon.

He aquí uno y otro pasaje:

Brilla tenue la luz en el espacio,
yace sin nubes la azulada esfera,
sereno el mar y la rosada aurora
limpio fulgor al horizonte lleva.
Preludia el ave en su armonioso idioma
dulces arpegios que ignorados quedan;
y al dar al viento sus flotantes alas
que la region de lo infinito pueblan,
canta la libertad que le dá vida,
que su ternura y su placer alienta,
que su tímido amor nunca destruye
y el nido ampara que en las hojas tiembla.

¡Qué ternura y delicadeza la de esta descripcion! ¡Cuánto sentimiento no revela!

¿No suena el bronce en el azul espacio
con ronca voz que las alturas puebla,
y hasta la luz que el horizonte tiñe
no brilla más con la nefanda guerra?
Pues si tal acontece, si en España
todo lo horrible del valor se encuentra
y al solo grito de inminente lucha
la sangre afluye á las hinchadas venas:
hombres, niños, mujeres y hasta ancianos
de aspecto debil y de edad provecta,
las torpes iras del tirano infame
juran vengar, con arrogancia fiera.
. . . . . .
Y nada importa que el cañon vomite
terrible estrago y que doquier se cierna
la muerte airada, cuya faz medrosa
al noble y libre gaditano muestra;
nada tampoco que la sangre humée,
que el plomo abrase, que el incendio prenda,
que no haya luz, que la metralla ruja
y en su cóncavo el sol relumbre apénas.....
. . . . . .

Versos como los que acabamos de copiar se escriben hoy muy pocos y revelan una inspiracion poderosísima.

El tercer canto del referido poema contiene igualmente pasajes tan inspirados como los dos primeros; versos rotundos y armoniosos, y todo él rebosa el sentimiento patriótico más sublime.

Mucho deploramos que el minucioso estudio hecho de las tres primeras composiciones que figuran en este nuevo libro del Sr. Cayuela, nos impide analizar, como desearíamos, los restantes trabajos, que, por su índole y género especial, responden á la merecida fama de su autor; pero, ya que esto no nos sea posible, haremos mencion de las principales poesías que dicha obra contiene, despues de los poemas premiados.

La oda «*El Signo de Redencion*,» escrita en silva, abunda en estrofas inspiradísimas y grandilocuentes, de las cuales merecen citarse estas dos.

Al hablar el Sr. Cayuela Pellizzari de las excelencias de la religion cristiana y de su poderoso influjo sobre las costumbres de los pueblos antiguos, dice, refiriéndose á la esclavitud, padron de ignominia de aquellas remotas edades de la historia.

La esclavitud odiosa
pierde el carácter que tuviera un día,
como baldon y ultraje
al santo Dios que hermanos nos formara;
lima la dura argolla
de su cuello el esclavo envilecido,
cae á sus plantas la servil cadena,
su libertad alcanza,
y, de placer y de entusiasmo henchido,
por el Orbe frenético resuena
himno de gratitud y de esperanza.

Al referirse á los descubrimientos hechos en nombre de la religion, y á los adelantos del arte y de la ciencia católica, exclama:

. . . . . .
Miguel Angel, Murillo,
Ticiano y Rafael, frescos laureles
ornan divinos á su sien gloriosa,
y al brillo de sus mágicos pinceles
la Religion sublime es mas hermosa.

A los remotos mares
lleva Colon el lábaro bendito;
el sublime poder de lo infinito
le protege en su empresa milagrosa;
. . . . . .

Vasco de Gama, Américo y mil otros
cruzan, de gloria en pos, el mar potente,
y el férvido Occeáno
humilde inclina su espumosa frente,
ante el bajel de Sebastian de Elcano.

Y, en una palabra, todos los versos de la mencionada poesía abundan en imágenes felicísimas y en pensamientos de primer orden.

«*Hero y Leandro*»; así se titula una sencilla, pero inspirada leyenda, cuyo asunto mitológico está trazado de mano maestra.

En dicho trabajo sucédense sin interrupcion las descripciones, todas ellas admirables y acertadas, y el metro en que se halla escrito este poemita, la octava real, es manejado por el Sr. Cayuela Pellizzari con facilidad suma é incomparable gallardía.

Las composiciones; «*¡Madre del alma!*» «*En el templo*» «*Luz*

que nace y luz que muere» «*En el mar*» «*Los niños huérfanos*» y «*¡Un angel!*», retratan el sentimiento sin límites del alma del poeta; y no titubeamos en asegurar que en este género de poesía es donde el Sr. Cayuela, despliega, bajo todos estilos, sus excepcionales aptitudes.

La poesía «*¡Dolorosa!*», escrita en décimas, es bellísima por su asunto, forma y estilo; y no podemos resistir á la tentacion de copiar algunos de sus versos.

He aquí, entre otros muchos, los que más deleitan y conmueven.

Una imágen y un clamor,
un rezo, un alma que adora
y un preludio que atesora
lo infinito del dolor.
Una luz, cuyo fulgor
alumbra triste capilla;
una invocacion sencilla
que de cariño hace gala;
un suspiro que se exhala
y una lágrima que brilla.

. . . . . .

Por lo dicho hasta ahora se vé, pues, que el inspirado vate que nos ocupa ha sabido cultivar con admirable acierto todos los diferentes géneros de la poesía lírica y épica; y, aun en la bucólica, tiene tambien trabajos preciadísimos que no aparecen en el presente volúmen, cuales son «*La siega*» «*La fiesta del caserío*» y «*Paz de las montañas,*» todas tres premiadas en certámenes de la Península.

Rendimos de este modo un homenaje de entusiasmo al jóven poeta navarro, cuyo valer es tan grande como su modestia, y al escribir á vuela pluma estos sencillos renglones, le enviamos desde lo mas íntimo de nuestro corazon un cariñoso saludo y entusiasta enhorabuena por sus inapreciables trabajos que hoy dá á luz, con gran contentamiento y júbilo de sus admiradores.

Alfredo de Castro y Torregalde.

Madrid 26 de Octubre de 1885.

LA TOMA DE ZARAGOZA. (1)

1118

La gloria alcanzada por los pueblos heróicos en defensa de la patria y de la fé, es imperecedera.

GUSTAVO A. BECQUER.

1.°

Noche plácida y tranquila,
azul y diáfano el cielo;
mucha calma en los espacios,
letal murmurio en los céfiros.

—

En la tierra todo sombras,
por doquier vago misterio;
hora las diez, el paraje
la guarda de un campamento.

---

(1) DICTAMEN DEL JURADO CALIFICADOR ..... Nueve son las composiciones que se han presentado á disputar el premio concedido al mejor trabajo poético (atendido su mérito absoluto) de tema libre, con sujecion al oportuno programa del certámen.

Entre ellas la que el Jurado opina que es merecedora al lauro, se distingue sobre las demás por la belleza y gallardía de sus cadenciosos versos octosílabos, su memorable asunto histórico, sus figuras, brillantes imágenes y descripciones, y lleva por título «*La toma de Zaragoza.*»

Por estas razones dicho Jurado propone que V. S. se digne concederle el primer premio.....

Triste, inmóvil, pensativo,
de férrea malla cubierto
que mal los contornos ciñe
de su agigantado cuerpo.

—

Taciturna la mirada,
sombrío y grave el aspecto;
en la una mano el escudo
y en otra el lanzon soberbio

—

de batallar; solitario,
mudo y con el oido atento
á cualquier rumor que turba
del *real* el ámbito inmenso;

—

de una tienda de la guarda
bajo el rudo y tosco lienzo,
que altiva enseña corona,
se vé un anciano guerrero.

—

Es Don Gonzalo de Orive,
el más valiente, el más diestro
de los nobles capitanes
que honran el hispano suelo

—

El que en más de cien batallas,
merced á su bravo esfuerzo,
y á su insigne ardor probado
y á su temerario empeño,

—

conquistar supo á los moros
castillos, villas y pueblos;
que allí, do su lanza asoma,
el triunfo nunca es incierto.

—

Con tal valor, y tal brazo,
y tal empuje, y tal hierro:

¿quién no tiembla ante el de Orive,
ni se humilla á su ardimiento?

—

Si alguno quiere encontrarle,
que no le busque en los juegos,
ni en las fiestas de la Corte,
ni en saraos, ni en torneos.

—

Fútil la costumbre llama
de luchar, sin que el acero
vibre y cruja y hienda y tiña
de sangre arneses y pechos.

—

Dice que el varon que monta
fuerte potro, y ciñe yelmo,
y calza espuela dorada,
y es ilustre hasta los huesos,

—

nunca debe tomar parte
en lides donde el remedo
de la lucha es una farsa
que no da gloria ni mérito.

—

Y á donde no haya combates,
ni escaramuzas, ni encuentros,
ni correrías, ni asaltos,
ni apuros, ni contratiempos,

—

él no acude; pues su norte,
su ilusion, su pensamiento,
solo estriba en dar batallas
frente á frente y cuerpo á cuerpo.

—

¿Qué extraño, pues, que el monarca
Don Alfonso en el asedio
de Zaragoza le encargue
siempre el peligroso puesto

que exige; si con sus bríos
y con su feroz denuedo
no hay sorpresas, ni emboscadas,
ni temores, ni recelos?

—

Duerma la hueste bizarra
hasta tanto que el silencio
de la noche el son no rompa
de los clarines guerreros;

—

pues Don Gonzalo los suyos
velan el tranquilo sueño
del ejército cristiano
que acampa á orillas del Ebro.

—

Cuando la alborada asome;
cuando campiñas y cerros
y florestas se iluminen
con sus pálidos reflejos;

—

Cuando el encendido rayo
del sol reciba los besos
de las auras, que se agitan
murmurando en los oteros;

—

Cuando á la ciudad moruna
despierten con sus gorgeos
las aves, y estas principien
á tender su raudo vuelo;

—

la hueste de Don Alfonso
pondrá fin al rudo cerco,
escalando esas murallas
que excitan ya su ardimiento.

—

Y entónces; cuando el coraje
de alcanzar un triunfo nuevo

incite á esos escuadrones
al combate horrible y terco;

—

¿Quién resistirá su empuje?
¿Quién, loco, imprudente y necio
contendrá su acometida,
cara á cara, y hierro á hierro,

—

si el ejército cristiano,
que lucha altivo y resuelto,
es en lo invencible, roca,
y en lo inquebrantable, fuego?

—

¿Quién puede atajar su paso,
ni contener sus deseos,
ni amenguar su valentía,
ni oponerse á su denuedo;

—

si ante el brío que le inflama,
y es volcan en lo deshecho,
no hay torrente que le ataje,
ni alud que rompa su esfuerzo?

—

Castellanos y vascones
iráu al muro derechos,
y escalarán el adarve
frente á frente y sin recelo

—

ni temor; que es poco un muro
para aquel, cuyos alientos
ni se amenguan, ni desmayan,
ni conocen nunca freno.

—

Los árabes, aterrados,
verán su entusiasmo bélico,
que es mayor, cuanto más duro
se hace el peligroso encuentro.

Y aunque horrible se desgaje
de su granítico asiento
la inmensa mole que escuda
contra el sitiador á un pueblo:

—

Aunque hasta el foso reboten
con atronador estruendo
los sillares, impulsados
por la venganza y el miedo;

—

siendo ariete cada brazo,
y castillo cada pecho,
lograrán triunfo sublime
los bravos de Alfonso sétimo.

—

Discurre así Don Gonzalo
de la noche entre el silencio;
miéntras tanto que se agita
su espíritu á los recuerdos

—

de esas renombradas glorias
que los navarros supieron
conseguir, y asaz pregonan
lo gigante de sus hechos.

—

Febril é impaciente aguarda
tan noble anciano, que el bello
fulgor de la limpia aurora
rasgue los crespones negros

—

que la hermosa vega encubren,
para que el bizarro ejército
vuele yá á la lid sañuda,
que esconde triunfos inmensos.

—

Y sigue el *real* silencioso,
sin que ni un rumor, ni un eco

turbe la apacible calma
do se envuelven tierra y cielo.

—

Y, muy próximo al recinto,
deslizándose ligero,
surca el río el hondo cauce
que le aprisiona en su centro:

—

Y murmura cuando baña
la márgen del campamento;
y cuando azota los muros
de la ciudad, va rugiendo;

—

pues que, tigre encadenado
al yugo que le impusieron,
siendo español, muy mal corre
de moros tierras adentro.

—

Y tú, ciudad poderosa,
que te enorgulleces viendo
cómo su corriente baña
tus torreones gigantescos;

—

Que te duermes al arrullo
murmurador de sus ecos,
sin pensar que, vengativo,
mina tu poder soberbio;

—

Que tremolas tu estandarte
do el valor de todo un reino
sabe despertar sañudo
cuando ultrajan sus derechos:

—

Tiembla ya; porque está escrito
en los arcanos del tiempo
que tu poder solo dure
lo que dura el tinte trémulo

del crepúsculo que nace;
y el sol, al brillar de nuevo,
alumbrará explendoroso
tus ensangrentados restos.

—

Tiembla, sí; que ya sus garras
afila el leon ibero
que no acepta extraño yugo,
ni se rinde á ningun pueblo.

—

Porque tal furor esconde;
tal es su empuje supremo,
tanto su temible encono,
y tan grandes sus alientos,

—

que, valiente y atrevido,
y en la acometida intrépido,
ó destruye cuanto toca,
ó sucumbe trizas hecho.

—

Para herir á un pueblo esclavo,
envilecido y abyecto
que se humilla, sobran armas
y bastan pocos guerreros.

—

Mas, para las razas libres,
para aquellas, cuyo anhelo
solo estriba en remontarse
á la gloria, hasta en sus sueños;

—

la fuerza del mundo es poca;
pues, para domar su esfuerzo,
aún la tierra en sus entrañas
no esconde bastante hierro.

2.°

Ya se engalana la aurora
con pálidos tornasoles,
y en los ámbitos del cielo
la luz sus tintas recoge.

—

Ya las brumas del oriente
se desvanecen veloces,
heridas por los reflejos
de brillantes resplandores.

—

Ya en alígeros cabellos
su imperio Diana recorre,
sin cesar acompañada
por las sombras de la noche;

—

y entre las ondas del río
y en los árboles del bosque
resuena el blando murmurio
que los céfiros conocen.

—

Ya el guerrero empuña el arma
del clarin al ronco toque,
cuyos mil distintos ecos
repiten valles y montes.

—

Y al crujir de los arneses
de las bizarras legiones;
y al piafar de los caballos
que se aprestan al galope,

—

y al grito de los que mandan
y entre las hileras corren,
y al rechinar del ariete
que la barbacana rompe,

se une el ronco vocerío
de los muslines feroces,
que otra vez luchar intentan
con los temibles vascones.

—

¡Vano empeño!... Aun es Navarra
la que al mundo sobrecoge
por su valor que no ceja,
ni hay quien delirante arrostre.

—

Aun la misma, cuyo esfuerzo
se agiganta altivo y noble
cuando en la sangrienta lucha
su libre estandarte opone.

—

La que, rayo de las lides,
jamás se subyuga dócil
á otro móvil que á su fama,
ni á otro afan que á su renombre.

—

La que alienta, la que hiere,
la que hostiga, la que acorre,
la que espanta, la que invade,
la que triunfa, la que impone.

—

¡Cuál los bravos hacia el muro
se adelantan, sin que agote
su inmenso ardor el estrago
de aquel combate disforme!

—

¡Cuál las lanzas y los yelmos
se quiebran en resplandores
al rayo del sol naciente,
que la opaca bruma absorve!

—

¡Cómo al sacrosanto grito
de patria y fé, que es su norte,

los navarros se enardecen,
tremolando sus pendones!

—

Ya cruzan el ancho foso
tinto en sangre hasta los bordes;
ya al portillo se aproximan
cuya situacion conocen.

—

Ya trepan por las escalas;
ya ascienden, ya se recogen
para hacer que sus venablos
en el aire se entrechoquen.

—

Ya brazo á brazo pelean,
sin dejar que nadie logre
contener su acometida,
que en torno infunde el desórden.

—

Y al posar en el adarve
su planta; al vibrar los toques
del clarin que alienta el fuego
de los que á la muerten corren,

—

el valor raya en delirio;
pues cada vascon, entónces,
es gigante que no cede
aunque el número le estorbe.

—

Es rugiente catarata
que intimida en sus horrores;
es torrente enfurecido
que troncha encinas y robles;

—

es, en fin, alud deshecho
que, al desprenderse de golpe,
todo lo que encuentra, arrasa,
todo lo que toca, rompe.

La morisma se amedrenta,
vacila; agítase informe
su muchedumbre apiñada
tras el muro que la esconde.

—

Invoca á Alak; se revuelve;
pide á la gigante torre,
do se escuda del contrario,
que en venganza se desplome.

—

Y al clamor de los *muecines*,
cuyas penetrantes voces
salvajes ecos remedan,
por más que á distancia broten;

—

Y al rugir de los que hieren
porque su ambicion se logre,
y al grito de los que cargan,
luchando tercos é indóciles;

—

Todos, sin mirar quien cae,
ni quien resiste á los golpes
de las lanzas y las flechas,
que, al vibrar, la muerte imponen;

—

De la almena ensangrentada
el sitio seguro excogen,
y allí, matando ó muriendo,
bátense como leones.

—

Ya el combate se encarniza
con furia y bríos mayores,
que bien demuestran lo horrible
de aquella lucha sin nombre.

—

Mas, los navarros no cejan;
y, altivos, porque conocen

que de su indomable esfuerzo
depende el triunfo que logren,

—

sobre la morisma caen;
y al brillo de cien mandobles
que ensangrentados se agitan
con estrépito disforme,

—

Acuchillan, rajan, hienden,
rugen, gritan, claman, cogen,
vibran, prenden, quiebran, gimen,
rasgan, parten, matan, rompen;

—

Y el mismo sol, cuyos rayos
alumbran tantos horrores,
nunca alberga tanto fuego
como el que en sus venas corre.

—

Brazo á brazo, y cuerpo á cuerpo,
sitiados y sitiadores
so las calcinadas piedras
del muro luchan feroces.

—

Y el estruendo aumenta y crece,
y la sangre á borbotones
brota por doquier, trocando
en rojo mar la ancha torre.

—

Todos los que muertos caen
al pié de la inmensa mole
del muro, forman escala
que á los vivientes socorre.

—

Y entre ruinas, y esterminio,
y quejas y maldiciones,
y lamentos, y plegarias,
y entre rugidos y choques;

sobre palpitantes restos
de islamitas y vascones,
brilla la cristiana enseña,
que irradia ya en resplandores.

—

Los árabes retroceden
sin saber como ni en donde
ocultar de su desdicha
la imágen que vaga informe.

—

Y al huir de la poterna,
en que para siempre hundióse
su poder, nunca temido
de las navarras legiones,

—

dirígense al ancho *Coso*,
y allí, trocando su porte,
muestran fé, porque el escarnio
del pueblo no les sonroje.

—

Aún en calles y plazuelas
hay quien, atrevido, opone
su furor al gran monarca
que halló en las lides su nombre.

—

Al Batallador guerrero
que, impávido, desconoce
dificultad que no venza,
ni obstáculo que no afronte.

—

—¡Sus!... mis bravos, Sanchez dice,
dirigiéndose á los nobles
que á su alrededor pelean,
sin tregua que el brío acorte.

—

—Vuestro esfuerzo y vuestra fama
con otro lauro más noble

se engrandece; ya del triunfo
gozais la dicha que impone.

—

Los sectarios del Profeta,
que hacia sus guaridas corren,
y hundido ven su estandarte
al pié de esos torreones,

—

aun se agitan; aun pretenden
que nuestro esfuerzo se dome,
como si domar pudieran
valor que no hay quien soporte.

—

Pero ya que tras el muro
que con entereza enorme
escalasteis, se levanta
la obstinacion ciega y torpe;

—

Ya que otra vez los contrarios
á mi vista se interponen,
sin pensar que sobra fuerza
donde hay sangre que la compre;

—

A la ciudad, mis valientes;
mano al hierro y saña doble,
que el blason de mi Navarra
hoy conquista un nuevo mote.

—

Otro triunfo es ya preciso
que el sol al morir corone;
¡sus!... que Zaragoza es nuestra;
lanza en ristre y al galope.

—

Y, como aluvion creciente
que se desgaja sin norte
ni rumbo fijo, y resuena
con estrépito disforme;

Cual olas del mar deshechas
que ante el huracan indócil
de su abismo se levantan
para que el cielo las toque;

—

Como tempestad terrible
que cruza el espacio inmovil,
y furiosa ruje y brama
en los cóncavos del monte;

—

Así el escuadron valiente
tras el rey lánzase incólume,
y entre muerte y gritos carga,
y entre polvo y sangre corre.

—

. . . . . .
. . . . . .

Ya á su ocaso el sol declina
fingiendo mil arreboles,
y á los trinos de las aves
murmullos dulces responden.

—

Ya los últimos destellos
del día alumbran informes
la nueva gloria que alcanzan
castellanos y vascones.

—

Y en el torreon sagrado
que, altivo, mostró hasta entónces
la menguada media luna,
de tan gran derrota cómplice;

—

brilla el *lábaro* bendito;
la cruz, que en tantas regiones
del mundo entero fué egída
de los triunfos españoles.

Que un pueblo que luchar sabe
cual ninguno, que conoce
lo que es el valor, y en alas
del patriotismo se expone;

—

Ni consiente extraño yugo,
ni hay peligro que no arrostre
por triunfar, si es que en sus venas
más que sangre lava corre.

—

Por eso España es gigante;
por eso es libre y es noble;
pues, entre opresion y muerte
siempre, al fin, la muerte escoge.

Pamplona 15 de Junio de 1884.

LA ROTA

DE

RONCESVALLES. [1]

Dichosos mil veces los que, recordando las circunstancias de su origen, hacen de la independencia de la patria noble y santa virtud, cuya figura destácase siempre majestuosa en el sagrado templo de los héroes.

I.

EL DESPERTAR DE LOS BRAVOS.

¡Caiga ante mí la colosal grandeza
de todo pueblo que mi afan provoca,
y al sordo grito de mi grey bizarra,
de uno en otro confin, tiemble la Europa.
Triunfos predice mi constante suerte,
ciño el laurel que á los valientes orna,
sumiso el yugo aceptará el esclavo
que comprenda lo insigne de mi gloria;

---

(1) DICTAMEN DEL JURADO CALIFICADOR ..... Más extenso que el anterior es el que lleva por lema *(Dichosos mil veces los que, hacen de la independencia de la patria..... noble y santa virtud)* poema en tres cantos notable por la correccion y cadencia del verso. Si bien su extension misma hace que no se sostenga tan vivo el interés de la accion, dejando escaso lugar el relato del combate, resplandece en sus estrofas el amor á Vasconia así como el sentimiento religioso y patriótico, por lo que es digno de que V. E. le otorgue la medalla de plata ofrecida en clase de premio extraordinario por la Asociacion Euskara de Navarra.....

y el orbe entero á mi poder rendido,
sin otras leyes que su mal socorran,
será escabel á la ambicion soñada
que dé más brillo á mi imperial corona.
¿Quién me puede atajar? ¿Qué pueblo existe
que ante mis huestes su coraje oponga
y alce su voz, cuando mi augusta enseña
por todas partes sin cesar tremola?»
Esto dijo aquel rey, lleno de orgullo,
cuya ciega altivez los francos nombran,
sin advertir, quizás, que hay muchos pueblos
nobles y libres que á luchar se arrojan
cuando, traidor, el que su mal desea
pisa el hogar que independiente mora,
y un solo nombre con placer bendice:
el de ese Dios que en su defensa invoca.
¡Necia y ruin ambicion!..... ¿cómo pretendes
fácil lograr con tu arrogancia loca
la esclavitud de quien vivió jurando
ser siempre libre ó perecer con honra?
¿Cómo intentas vencer al que ha vencido
y herir, cobarde, al que entre enhiestas rocas,
sin extraño señor que le sujete,
ni infame ley que su valor deponga,
orgulloso y altivo por doquiera,
y al mantener su independencia hermosa,
gigante al fin por su furor probado
hizo suyo el laurel de la victoria?
No es el reptil que entre las sombras hiere
y se arrastra vertiendo su ponzoña
quien logra hacer que con su inmundo paso
muestre temor el que el peligro arrostra;
pues siempre acecha al adversario infame
el pueblo libre que doquier que asoma
hunde en el polvo la cobarde frente
que, vil y airada, la ambicion denota.
Escalar la montaña en donde anida

el valor sin igual de la Vasconia
sólo es empresa que el delirio insano
puede, necio, forjar si se le antoja.
Mas ¡guay! de aquel que sus senderos pise;
¡guay! del que intente en su ilusion tal obra;
porque al subir con temerario empeño
do su morada el montañes coloca,
si acaso el filo de potente lanza
pronto en el llano su furor no acorta,
riscos habrá que al desgajarse humillen
la torpe grey que á su nacion retorna.
No pensó Carlo-Magno que su estrella
se eclipsara al cruzar desde Pamplona
la montaña gigante en donde vive
todo el valor que á los navarros sobra;
ni que aquellas legiones tan bizarras,
del insigne laurel conquistadoras,
humillasen su esfuerzo ante el empuje
de una raza valiente y poderosa.
No pensó que en las cumbres del Pirene,
muro eternal que la ambicion sofoca
de extrañas gentes, el valor sublime
de todo un pueblo sin cesar retoña;
y que ese sol, cuyos brillantes rayos
la blanca nieve de las crestas doran,
es más rico de luz cuando ilumina
la santa y noble libertad vascona.
Fundador de la rama Carlovingia,
no esperes, no, que tu imperial carroza
huelle el santo lugar donde hay mil bravos
que el arma empuñan con valor que asombra;
no esperes, no, con tus triunfantes huestes
uncir al yugo que aceptaron otras
esta noble nacion, que aun no ha sabido
cual las cadenas de su mal se forjan.
Donde es virtud sacrificar la vida
cuanto el tirano su poder pregona;

donde hay más sed de libertad preciada
cuanto es mayor el lauro que se logra;
donde á falta de muro hay nobles pechos
que su coraje y su furor no agotan;
donde peñas y riscos se levantan
para ahogar la altivez de cien coronas;
y en donde el viento al desplegar sus alas,
con voz terrible que el espacio asorda
y hace al mundo temblar miéntras se agita,
lleva siempre doquier cantos de gloria.

Desde el Oder al Nabb; de el Pirineo
hasta Hungría y Bohemia, la Franconia
que obedece tu ley, no más comarcas
puede humillar con sus guerreras tropas;
y si acaso pretendes que el hispano
doble ante tí la frente valerosa;
si acaso sueñas que tu grey conquiste
lo que supo librar en Covadonga
el indómito astur, ten muy presente
que hay otro pueblo que el afan malogra
de todo aquel que en su ambicion bastarda
su altivo cetro á las Naciones roba,

Acaudilla á tus francos que obedecen
la augusta voz que á repetirse torna
cuando el placer de conquistar la Iberia
seduce, acaso, tu ambicion pasmosa.

Deja el reposo que á la mente place,
cabalga en tu corcel, ciñe la cota,
blande el rudo lanzon que en cien batallas
espanto fué de la abatida Europa;
manda á tus huestes que el Pirene crucen,
favorece al Walí de Zaragoza,
traspasa el Ebro; tu poder gigante
lleva al confin de la ultrajada zona
donde el Coran es ley; mas si en Navarra
tu necio orgullo demostrase logra;
si altivo aspiras al laurel soñado

que asaz infame la arrogancia adora:
¡guay! el Magno de tí; porque aun existe
quien al saber lo que tu mente forja,
con la ayuda de Dios, que al bueno ampara,
doquier predice tu ejemplar derrota.
De un vasto imperio la diadema ciñe
el que envidia á Alejandro sus victorias;
el que al valor de su potente raza
une el saber que la verdad trasforma.
El que ha soñado esclavizar al mundo,
y, al obtener los triunfos que ambiciona,
juzga fácil empresa el ser tirano
y orgulloso oprimir la tierra toda.
Por esto mismo, al contemplarse dueño
de abyectas razas que su honor desdoran,
y humildes besan el infame yugo
que al pueblo esclavo la ambicion apropia,
con rumbo á España sus legiones guía;
pues no presume que al tocar la gloria
haya indómita grey que entre sus breñas
recuerde al libre que el temor deshonra.
De luz preciada que los campos tiñe
y el lejano horizonte tornasola
cuande al limpio brillar del primer rayo
sus galas muestra la naciente aurora,
nuevo fulgor la codiciada tierra
al atónito franco envía ansiosa,
miéntras que el eco murmurando gime
del triste sauce en las tupidas hojas.
Nubes de azur y de zafir envuelven
las graníticas cumbres que coronan
la afligida Nacion, que halló su mengua
de un turbio rio en las revueltas ondas;
y si el murmurio de las auras ledas
por un instante en su dolor reposa;
si el continuo gemir de todo un pueblo
calla, letal, sus lastimeras notas,

luego lo vago del pesar que anuncian
se oye doquier que el estandarte flota
del guerrero muslin, cuyas mesnadas
la sangre ibera á derramar se agolpan.
Ya pasa el Ebro Carlo-Magno altivo;
ya de Aragon en la comarca hermosa
se detiene feliz, cuando sus francos
clamor de guerra repitiendo gozan;
y de César-Augusta en los umbrales
servil vasallo á su poder se postra,
mientras de hinojos la ciudad recibe
la torpe ley que su furor sanciona.
Nuevo triunfo alcanzaste; otro monarca
rindió ante tí su autoridad grandiosa;
otro pueblo, humillando su coraje,
besó tu pié que la ignominia arroja;
y gozoso al mirar tanta vileza,
ebrio de orgullo, hacia la Francia tornas,
sin mirar que delante de tus huestes
sañuda, al fin, la tempestad se forja.
No desprecies lo humilde del que sabe
cuánto el valor y el heroismo logran
para obtener la sin igual fiereza
de todo pueblo que el peligro arrostra;
pues si la luz que el horizonte baña
miras trocar en impalpables sombras;
si el magnífico sol que te ilumina
lo ardiente apaga de su lumbre roja;
si el grito vengador de la bravura
despierta al libre que en furor rebosa;
si los picos que erizan el Pirene
de vascones valientes se coronan:
rayos habrá que al descender del cielo
venguen el mal que tu ambicion reporta,
y agudas lanzas que, al matar terribles,
desbaraten tus huestes triunfadoras.
. . . . . .

. . . . . .

«¿Qué murallas son esas que se oponen
al libre paso de mi franca tropa,
y altivas retan el poder temido
que dicta leyes y costumbres borra?
¿Qué pueblo es ese que mi honor disfama
y así menguado su ciudad inmola?»
digiste ¡oh! rey; y al contemplar con ira
los muros que resguardan á Pamplona;
creyendo insulto la intencion bizarra
que nunca cede á la perfidia ignota,
en escombros la piedra convertiste
que impuso miedo á la triunfante Roma.
Mas el polvo que cubre tu grandeza
y asaz revuelto en los espacios flota,
cual negra nube de terror preñada
que sus furores sin cesar desborda,
sobre tí ha de caer; porque ha sonado
la voz sublime que á luchar convoca
y otras piedras te aguardan en su asiento,
con sangre vil para tornarse rojas.
Fácil, quizás, la retirada crees
porque esos muros que tu paso estorban
derruidos están; ¡necia locura!.....
¡delirio insano que tu mal provoca!
¿No ves que hay pechos que el valor no extinguen
y almas de hierro, que al sufrir ansiosas,
guardan su furia hasta vengar la ofensa
que insulta horrible su altivez notoria?
¡Sus!... vascones; al arma; en vuestras cumbres
vibre el acero que los triunfos logra,
que á la ambicion y á la perfidia hiere,
que al mundo impone y al tirano asombra.
De montaña en montaña un solo grito
se repita al confin de la Vasconia,
y en todas partes, con vibrantes ecos,
resuene al cabo la guerrera trompa.

Que el anciano y el niño y el mancebo
dejen su hogar y la quietud que gozan
para hundir entre el polvo de los valles
la inicua ley que el invasor pregona.
Y ese cielo que alumbra la grandeza
de una raza valiente y generosa,
mande tambien sobre las huestes francas
todo lo horrible que el furor conozca.

II.

ALTOVISCAR.

Susurra el aura que en el monte gime,
dolientes ecos su rumor esparcen,
tenue y límpida luz baja del cielo,
las sombras huyen, la mañana nace.
Quiebra un rayo de sol en la alta cumbre
que el vasco pisa en su valor gigante;
desciende al valle su cancion hermosa
que á Dios saluda con acento suave.
Su azul destaca la brillante esfera,
la fuente copia su bendita imágen,
la luz sonríe en su arrebol primero,
su vivienda de amor dejan las aves;
medrosas nubes al volar ligeras
muestran lo sútil del nevado encaje;
himnos de gloria por doquier repiten
los dulces ecos que el Pirene invaden.
Y allá en la altura, el montañes sediento
de atroz venganza y de extranjera sangre,
que, aunque gota tras gota el monte llene,
saciar no puede su feroz coraje,
el paso acecha de la hueste altiva
que, al verse libre en el profundo valle,

juzga obtener la retirada ansiosa
que un nuevo triunfo á su poder alcance.
Pero el canto de guerra, repetido
de pueblo en pueblo, á los vascones place;
y al escalar las solitarias breñas,
do los rayos del sol fulgidos caen,
el arma afilan que brillante luce,
y que al herir al invasor infame,
por el valor en rayo convertida,
logra el laurel del inmortal combate.
Las graníticas rocas que se asientan
allá en el monte, para el vasco fácil,
para el torpe invasor inaccesible,
tiemblan al grito que ensordece el aire;
y por doquier, cual si el insulto viesen
que el ciego encono y la ambicion cobarde
á una raza dirigen, cuya gloria
jamás, altiva, se humilló ante nadie;
trastornando la ley que al mundo rige,
se aproximan, se enlazan, se contraen;
para que así con su valor guerrero
el temible vascon, que luchar sabe,
que su preciada libertad defiende,
que al bravo humilla y el poder deshace,
con más empuje y prontitud las venza,
consiguiendo su triunfo al derrumbarse.
Vedlos allí, de su heroismo en alas,
cuál los valientes á las cumbres salen
para vengar con la derrota insigne
la afrenta inicua que el frances les hace;
ved cual empuñan el tajante acero
ántes que el vil su independencia arranque,
y cuál sus ojos con mirar sombrío
investigan el fondo de los valles.
De Altoviscar los riscos que el sol hiere
se coronan de vascos indomables,
cuyo brío y arrojo nunca cuenta

la fuerza altiva que el contrario trae;
pues si en número, al fin, son pocos ellos,
para humdir su poder tienen bastante;
que al sublime valor de un pueblo libre
que ha jurado vencer, nada hay que iguale.
Y á medida que el sol lleva su lumbre
á la zona feliz donde reparte
su hermosa luz, que como nunca alegre
en límpidos fulgores se deshace;
á medida que el grito de Vasconia,
de angustia lleno, en derredor se esparce
para evocar al montañes que habita
do el águila caudal sienta sus reales;
más el estruendo en Altoviscar crece,
más el rumor de la venganza sabe
con furia horrible enardecer los pechos
que por la fé del heroismo laten;
y en cada peña que el navarro escoge,
cual fuerte muro que el valor resguarde,
brota un eco entusiasta que repite
el eterno laurel de Roncesvalles.
Nunca el digno valor de pueblo alguno
con tan noble altivez supo mostrarse;
nunca la fé que el entusiasmo alienta
al guerrero vascon hizo tan grande;
nunca el brazo esgrimió con tanto empuje
el duro hierro, que al lucir brillante
causa estrago sin fin; nunca la muerte
con tanta furia se cernió en los aires;
ni jamás ese mundo, que presume
de invencible poder en los combates,
supo un triunfo lograr como el que insigne
la Vasconia registra en sus anales.
Nada importa que el franco en su locura
se muestre altivo y confiado marche
por el fácil sendero, en donde mora
la deshecha ilusion de otras edades;

nada tampoco que su planta guíe
la villana traicion, ni que al ultraje
con que supo insultar nuestro decoro
no responda el castigo formidable;
porque es preciso que su marcha empeñe
donde el número inmenso poco vale,
donde solo el valor el triunfo logra,
donde anida la muerte á cada instante;
y cuando allí desprevenido llegue
con sorpresa hallará quien no desmaye,
para hundir sin tardanza al ambicioso
que á su inicuo poder quiso humillarle.
Redobla el brío el que impaciente espera
que la odiada legion al fondo baje
del estrecho canal, donde imposible
se hace el querer que la estrategia guarde;
donde solo el valor, que nunca cede,
la victoria consigue; en donde nadie
puede intentar huir si atemoriza
ciego el furor del imprevisto ataque;
y á donde ruedan sin cesar mil rocas,
que en infernal estruendo al desgajarse,
llevan tras sí la muerte que se ceba
en todo aquel que la Vasconia invade.
Mas ya llega el frances; ya entre sus huestes
se distinguen los nobles capitanes
que hasta entónces vencieron y pregonan
al esclavo servil su triunfo fácil;
ya de sus blancas cotas y sus yelmos
chispas arranca el sol que, en luz radiante,
baña el sacro lugar en que reside
la hermosa libertad de nuestros lares;
y ya tambien el venerando grito
de gloria, honor é independencia, esparce
la mortal inquietud entre esas tropas
que en vano esperan que su rey las salve.
Vibra potente al fin en la alta cima

de ese monte sagrado y memorable,
que es nuestra honra mayor, todo lo horrible
del duro encono que en el alma yace;
y á una señal del montañes más fiero,
que el triunfo anhela que á su patria ensalce,
todos sin dilacion desde Altoviscar
con bravo empuje sobre el franco caen.
Rota la union que Carlo-Magno ordena,
sorprendidas sus huestes, vacilantes
los que vienen detrás, y acometidos
con frenético ardor por todas partes,
ni se pueden mover, ni uno tan solo
de los que el puesto del peligro saben,
libremente acudir logra en auxilio
de aquel que lucha y sin cesar decae.
En confuso tropel que no concluye
mira el navarro al invasor cobarde
que en su suelo posó la planta altiva
con loco orgullo que la muerte abate;
y por doquier que embravecido hiere,
doquier que busca al que infirió su ultraje
solo encuentra temor, y el esterminio
sus armas llevan al contrario infame.
En los labios el grito que enardece,
fuego en los ojos que lucientes arden,
rabia en el corazon, brío en la diestra,
bravura insigne que alentar no cabe;
heroismo en el alma que atesora
la preciada virtud de este linaje
que se juzga feliz, porque entre libres
no hay ningumo, quizás, que le aventaje;
y teniendo por norma en la batalla
ántes morir que envilecer su sangre,
el ilustre vascon muestra á los mundos
lo que alcanza su arrojo formidable.
De improviso las huestes invasoras
á la voz de sus jefes se rehacen;

y asaz pensando que el ceder denigra
y es forzoso el luchar en todo trance,
cargan sobre el vascon; mas por doquiera
que este en su arrojo y su fiereza cae,
alentando el enojo de su pecho
porque el bélico ardor nunca desmaye,
con más furia el combate se encrudece;
y el monte todo al repetir los ayes
del que en torno sucumbe, airado muestra
su temible poder siempre triunfante.
El estrago se aumenta; el aire cruzan
bandas de buitres que al oler la carne
de su inmundo festin, con los despojos
se ensangrientan de rígidos cadáveres;
y la lumbre del sol que baña el cénit
finje lúgubres tintas, cuya imágen
más espanto y horror causa al que muere
maldiciendo su orgullo abominable.
¿Dónde la fuerza está de aquella hueste
que liviana cruzó nuestras ciudades
sin comprender que en Altoviscar vive
quien de toda ambicion logra vengarse?
¿Dónde el noble laurel que en cien batallas
ornó á sus sienes el tirano infame,
que soñando oprimir la Euskara tierra
deshecho mira su poder gigante?
Ya es inútil intento el que los suyos
en la lucha tremenda le acompañen,
ya es inútil tambien que les anime
y apostrofe su mengua miserable.
Todos al ver que los navarros vencen
se acobardan, se humillan, se retraen;
y en informe monton, que se asemeja
del iracundo mar al oleaje,
abandonan el sitio en que á su antojo
los vascones vertieron á raudales
la sangre altiva, que al correr pregona

cuánto el poder del heroismo vale.
Lanzas, yelmos, broqueles, banderolas,
armaduras, escudos y estandartes
llenan aquel lugar, donde potente
luchó una raza en que el temor no cabe;
y los ecos del monte al mundo entero
gritan con ronca voz, que miéntras hallen
tanto esfuerzo los déspotas que humillan,
nunca á Vasconia el domeñar es fácil.
Porque el muro viviente en que se embota
todo el hierro servil de los que invaden,
ni se puede romper, ni se destruye
cuando sobra el valor para elevarle.

III.

EL TRIUNFO DE LA VASCONIA.

Nubes de grana y de zafir envuelven
el puro cielo, cuyo azul refleja
la hermosura eternal del infinito
que en suaves goces nuestras almas sueñan.
Ya declina la tarde; ya á su ocaso
pálido el sol con lentitud se acerca,
y á su nido volando presurosa
busca el ave gentil su compañera.
Blando el perfume de la flor humilde
en alas de los céfiros se eleva,
y murmuran las auras de los valles
dulces cantos de paz que nunca cesan.
Ya el guerrero vascon, depuesta el arma
que rayo ha sido de la lid sangrienta,
de Altoviscar desciende, y orgulloso
al tierno amparo de su hogar regresa.

Ya los haces de luz que el sol envía
no alumbran tristes la nefanda guerra,
ni los ecos que invaden la montaña
la ronca voz del esterminio llevan.
Solo allá, en las alturas, muy lejano
se oye un clamor que la Navarra entera
se complace en oir, porque pregona
el triunfo insigne de su gloria excelsa.
De esa gloria que vive eternamente,
que no se empaña, que el valor renueva,
que sublima la fé, que al mundo todo
cuál se combate á la ambicion enseña;
y que al lucir con refulgentes rayos,
que siempre el brillo de su lumbre muestran,
dice ufana doquier como se lucha
si peligra la santa independencia.
¡Con qué dulce sonrisa en su morada,
lleno de afan, el montañes penetra;
con qué gozo respira al verse libre
sin que el tirano á su poder le venza!
¡Con qué extraño fulgor miran sus ojos
la luz bendita de su hermosa tierra,
y cual, postrado, con su amante esposa
pide á la Vírgen que su hogar proteja!
Es la oracion que de sus labios sale
y hasta el trono de Dios sumisa llega,
rica fuente de bien con cuyo halago
el placer de la vida se acrecienta;
pues no en vano la fé que un pueblo ensalza
hace feliz al alma que la alberga,
si los preciados dones que concede
mayor ventura al corazon reservan.
Ella imprime valor al pecho honrado
que por su patria y por su honor pelea;
ella logra que el brazo enardecido
al flamígero escudo dé más fuerza;
ella aumenta el coraje, ella tan solo

consigue el lauro y la victoria inmensa
donde canta sus triunfos el que sabe
potente erguir su valerosa enseña;
y ella al pueblo que es bravo y que ambiciona
ser siempre libre ó perecer sin mengua,
da el temido poder, donde las iras
de la impiedad y la ambicion se estrellan.
Por eso el vasco, al dirigir al cielo
en todo instante su oracion más tierna;
por eso al saludar al Dios que adora
y á quien, siempre feliz, con ansia ruega;
pide, lleno de afan, que no abandone
la patria insigne que el valor revela.
y es más grande, quizás, cuanto más dichas
de dulce halago en su recinto muestra.
¿Quién te puede igualar ¡Oh! patria hermosa,
en virtudes, en nombre y en grandeza?
¿Quién no envidia tu gloria? ¿Quién no canta
los magníficos triunfos que recuerdas?
¿Qué otro pueblo del Orbe en sus anales
guarda el lauro imperial que tú conservas;
y qué brava Nacion, que en tí se inspire,
valerosa no rompe sus cadenas?
Tú, que al alto Pirene volar sabes
cuando el grito de huestes extranjeras
turba el reposo del hogar tranquilo,
que es firme valladar de la insolencia;
tú, que afilas el arma vengadora
cuando el tirano á tu mansion se acerca,
imprudente juzgando que su yugo
puede oprimir tu embravecida diestra;
tú, que luchas con ansia ante el empuje
siempre feroz de numerosas fuerzas,
y entre rios de sangre hundes bizarra
la torpe grey que tus quebradas huella:
dí á ese mundo que atónito te admira
y que absorto de espanto te contempla,

cómo se vence la ambicion cobarde
que juzga altiva esclavizar la tierra.
De tu triunfo el recuerdo que enardece
febril coraje sin cesar despierta,
en fuego patrio el corazon inflama
y el alma noble en estusiasmo alienta.
Nadie es capaz de comprender lo horrible
de tu inmenso valor, cuando en las breñas
de ese monte gigante que te escuda
desafias la rabia de los déspotas;
y nadie, en fin, que tu ansiedad provoque,
con tono altivo que el furor demuestra,
vuelve impune al paraje en que ha nacido
si conoce tu indómita fiereza.
¡Oh! Vasconia gigante; ¡oh! patria mia;
¡con qué orgullo recuerdo tus proezas;
con qué célico ardor mi labio canta
y cuál lo hermoso de tu luz me ciega!
Es tanto amor el que mi pecho agita
cuando el alma en tu culto se embelesa;
tanta la inspiracion que me enardece,
y tan grande el placer que me enajena:
que si, humilde quizás, la lira calla
por lo pobre del canto que en sí lleva,
al solo nombre de tu insigne gloria
ya nunca puede enmudecer mi lengua.

Pamplona 22 de Junio de 1882.

AL SITIO DE LA ISLA DE LEON. [1]

CANTO ÉPICO.

. . . . . .
que el valiente pueblo ibero
jura con rostro altanero
que hasta que España sucumba,
no pisará vuestra tumba
la planta del extranjero.
B. López García.

I.

EL GRITO DE INDEPENDENCIA.

«¡Guay! del que aspire á detener mi planta,»
dijo el coloso en su ambicion terrible,
ebrio de orgullo al contemplarse dueño
del mundo todo que oprimido gime.
Mas no pensó que en la abatida Europa
alienta un pueblo valeroso y libre,

---

(1) INFORME del Jurado calificador de la seccion literaria del Certámen celebrado en la ciudad de San Fernando el dia 23 de Julio de 1881, referente á esta composicion.

«La segunda seccion la constituyen los Romances históricos al Sitio de la Isla de Leon por los franceses en la guerra de la Independencia. Siete composiciones han concurrido á disputar el premio y accésit asignados. Entre ellas la que la comision propone como de gran mérito absoluto y, por lo tanto, digna de recibir el primer premio, consistente en un estuche de escritorio de plata, es la que lleva el siguiente lema:

«Que el valiente pueblo ibero
jura con rostro altanero
que, hasta que España sucumba,
no pisará vuestra tumba
la planta del extranjero.»
B. L. García.

Juzga á dicha composicion digna de lauro, por la rica métrica en que está escrita, tratándose de un romance cuyo asunto es heróico.—Su sonoro y cadencioso verso endecasílabo le dá

que en el honor de su inmortal grandeza
funda el valer de su pasado insigne.
Que ántes quiere morir que ser esclavo,
que á despótica ley nunca se rinde,
que al cielo eleva su gloriosa frente,
que digno y noble y sin temores vive;
que de un confin al otro de la tierra
lleva su fama y sus preclaros timbres,
y en los anales de la patria historia
grabó el poder de su valor sublime.
Y á este pueblo entusiasta por su nombre,
cuyos hechos más grandes se distinguen
por la nobleza que doquier proclaman
y el preciado heroismo que revisten;
á esta nacion, gigante en sus empresas,
quiso insensato esclavizar humilde
quien logró hacer al universo todo
juguete de sus armas invencibles.
«Yo quiero uncir á mi triunfal carroza,
de un polo al otro polo, los países
que insultan el poder de la bandera,
que se agita del mundo en los confines;
exclamó Bonaparte; y pues que España
es la sola nacion que aun se resiste
á aceptar el poder de que blasono,
y hoy mi ardiente furor no encuentra límites;
¡Sus! legiones, volad hacia el Pirene,
y cuando el Sol de los combates brille
para alentar al águila francesa,
que un nuevo triunfo en su coraje pide,

---

un tono levantado que la hace grave y majestuosa. Su inspirado autor describe los hechos con coloridos muy vivos, distribuyendolos con acierto en sus tres partes ó cantos, que titula: 1.º—*El grito de Independencia*—2.º—*El entusiasmo de un pueblo*.—3.º—*El premio del heroismo*. ¡Con qué raudal de sentimiento se desborda en todos ellos! Ninguno ha trazado con más grandeza la lucha por la independencia; ninguno la ha revestido de mejores formas; ninguno borra más fácilmente cualquier expresion ménos feliz ó cualquier verso algo duro.

Son valientes y ricas sus pinceladas, sostenido su tono, armoniosa su versificacion; su conjunto, en fin, inspira entusiasmo en pro del santo amor de la patria.

aguzando las armas vencedoras,
que jamás se quebrantan ni se rinden,
otro lauro ceñid á vuestras frentes,
mejor quizás que el que obtener supisteis.»
Dóciles á la voz que los alienta,
sin otro objeto que luchar febriles
por la gloria de aquel, cuyo renombre
les dá valor y voluntad sublime
para vencer, penetran en España,
y cual fiero aluvion que rompe el dique
que contiene sus ímpetus, se esparcen
doquier que ven en su arrogancia firme,
nuevo triunfo que el éxito corone
de aquella empresa que á los mundos dice,
cuál la inicua traicion, de su letargo
logra sacar á las naciones libres.
Pálido de furor, mudo de asombro
contempla el pueblo la maldad terrible
de aquellos arrogantes invasores,
que la grandeza de su accion repiten;
y al despuntar la luz del *tres* de Mayo
la España entera con terror percibe
cual es la suerte que doquier le aguarda,
si el astuto frances su marcha sigue.
Y ¿podrá consentir que holle su suelo?
¿permitirá que sus hogares pise
y que arrolle el pendon, que tantas veces
terror impuso á los contrarios viles?
Nunca; no puede ser; la raza ibera
patria y hogar sin honra no concibe,
y ántes que el invasor pueda orgulloso
fijar su planta en la region do vive,
ántes que un solo palmo de terreno,
lleno de furia, á su pesar conquiste,
trizas hará las águilas traidoras
que se ciernen del Bósforo hasta el Tiber.
Ya la mágica voz da independencia

se oye doquier que la bravura existe,
ya el fuerte arnés y la acerada cota
Marte sañudo en su coraje ciñe;
y desde el Miño al Ebro y al Guadiana,
desde el Segura al Tajo y los Alduides
solo un grito se escucha que ensordece,
que atruena el aire y que venganza pide.
«Pero... ¿dónde la ley que nos ampara
puede refugio hallar?» con ansia dice
el valiente español, que así abandona
la hermosa paz de su recinto humilde.
«¿Dónde un baluarte hacer que nos defienda
de la ambicion y avilantez terrible
de ese insensato déspota guerrero,
que el Orbe todo en su rencor maldice?»
Y al repetir ansioso estas palabras
vuelve sus ojos á la tierra insigne,
donde el fúlgido sol lleva en sus rayos
todo el valor que los azares piden;
do la luz es más dulce y más risueña,
donde otras razas, que proscriptas viven,
encontraron la dicha que anhelaban,
y se escuchan del bien sones felices;
en donde el mar las turbulentas ondas
mecen las naves, que en remotos lindes
la grandeza de España proclamaron
ante la faz de múltiples países;
do la virtud y la esperanza alientan,
donde el honor y la piedad residen,
do sin cesar la independencia hermosa
tiene un amparo que su muerte evite.
Cunde entre tanto por la noble Iberia
grito de indignacion que no se extingue,
y á falta de soldados que peleen
y la arrogancia del coloso humillen,
ciudadanos pacíficos se aprestan
el acero á empuñar, y ansiosos piden

pronta, segura y ejemplar venganza
que su fiereza indómita acredite.
Echevarri, Castaños y Alburquerque,
seguidos á su vez de algunos miles
de soldados bisoños, pero bravos,
que el lauro anhelan que el valor consigue,
dispuestos ya para el combate rudo
á la Bética marchan, y terribles
juran triunfar ó perecer luchando
por esa patria que su sangre exige.
No intimida al frances tanta fiereza;
Soult y Dupont su derrotero siguen,
y despues que de Ocaña la victoria
hace doquier que el invasor se anime
y renueve su fé, la cumbre escala
de esa sierra gigante, en cuyo límite,
respira un pueblo, que en furor ardiente,
triunfos y glorias sin cesar predice.
Y no inútil ardor les dá coraje
para mostrar lo que valientes dicen;
ya lo prueba Bailen, ya lo proclama
la derrota del déspota que gime;
de aquel que en Austerlitz y las Pirámides,
Marengo y Jena se creyó invencible,
porque no supo que en la noble España,
donde el valor y el patriotismo viven,
hay un pueblo que abate la grandeza
con fiero orgullo que jamás se rinde.
Las legiones aquellas indomables,
terror de Europa en su bravura insigne,
con menguada ansiedad retrocedieron
por primera vez en su triunfante sirte,
ya no pueden decir que hay quien las tema
miéntras el sol de la esperanza brille,
y al rayo forje de su luz ardiente
noble entusiasmo el español sublime.
Mas ¡ah! que el invasor no, airado, ceja

por el duro escarmiento que recibe,
y cuanto más á su furor se opone,
más su coraje se demuestra horrible.
Ya no se oculta á su malvado encono
que una comarca valerosa existe
do, por su bien, la independencia hispana,
muro eternal á su decoro pide.
Donde se agitan pechos generosos
que ante la muerte y el dolor sonríen,
donde el Atlante enfurecido brama
con ronca voz que «*¡libertad!*» repite.
Y á esa region, de la nobleza asiento,
con malvado cinismo se dirige,
no ignorando que son sus defensores
pocos para vencer y resistirle.
¿Cádiz se rendirá?... ¿No alienta un hombre
que sus bravos leones acaudille
y haga morder el polvo á esos guerreros
que orgullosos y pérfidos se engríen?
Sí alienta; no hay temor; ya presuroso
corre Alburquerque á su defensa y riñe
rudos combates, que al frances destrozan,
por más que ocultos para España viven.
Ya á Lebrija se acerca, ya arrojado
logra vencer obstáculos terribles,
y salvar la de Soult rara estrategia
ántes que Cádiz por su mal peligre.
Nada impone temor al noble anciano,
nada arredra á los bravos que le siguen,
nada embota el valor que los sostiene,
ni el profundo entusiasmo que revisten.
Casi hambrientos, desnudos, destrozados,
á la Isla de Leon llegar consiguen,
miéntras que Victor su vanguardia lleva
do el manso Lete su caudal despide;
y al contemplar la luz pura y hermosa,
radiante siempre y que al isleño sirve

para fraguar empresas memorables
que su valor patriótico acrediten,
no piensan que el cansacio les maltrate
ni que el hambre y la sed les mortifique,
sino solo en su patria y su bandera
y en pedir que al combate se les guíe.
Vítores mil, los gaditanos pechos
prorumpen sin cesar, y en los confines
de ese anchuroso mar, que los defiende,
los ecos todos su valor repiten.
¿Qué importa que el frances se halle ya cerca?
¿Qué importa ya que su comarca sitie,
ni que su orgullo y su poder proclame,
si aun hay quien ardoroso le castigue?
Si es pobre el muro que su hogar defiende
y al certero disparo no resiste,
otro muro mejor Cádiz levanta:
¡los pechos nobles que nacieron libres!

II.

EL ENTUSIASMO DE UN PUEBLO.

Brilla tenue la luz en el espacio,
yace sin nubes la azulada esfera,
sereno el mar y la rosada aurora
limpio fulgor al horizonte lleva.
Preludia el ave en su armonioso idioma
dulces arpegios que ignorados quedan,
y al dar al viento sus flotantes alas
que la region de lo infinito pueblan,
canta la libertad que le da vida,
que su ternura y su placer alienta,
que su tímido amor nunca destruye
y el nido ampara que en las hojas tiembla.
En cambio triste y de pesar herido,
sufriendo airado dolorosa pena

que en su semblante por doquier retrata
terrible angustia y afliccion inmensa,
el bizarro español, fiero pregona,
mirando hollada su querida tierra,
que hay un déspota vil, cuyas legiones,
atarle al yugo de la Francia sueñan.
¡Temeraria ilusion!... vano delirio
de quien al Orbe sin cesar revela
cuánto el furor de su bastardo encono
produce el mal de los que libres quedan;
de los que juran inmolar valientes
su vida en aras de la santa idea
de honor y patriotismo, que orgullosos
con ansia adoran como augusto lema.
Nada intimida su valor terrible,
nada puede mudar la fé sincera,
que asaz impulsa á los hidalgos pechos
á vencer ó morir por una enseña,
y al grito inmoble de la turba impía
que á la comarca gaditana cerca,
solo un eco profundo en los espacios
con coraje responde: *¡independencia!*
Vedlos allí de su heroismo en alas
cómo al combate y á la lid se aprestan,
y cuál la voz de su valor sublime
el ancho mar y las alturas llena.
Vedlos cómo hacia el muro se aproximan,
y cual, febriles, al tocar su piedra
dicen, llenos de ardor: *si esta no basta*
aun hay muralla en nuestros propias fuerzas;
y cuál ansiosos de vengar su ultraje
al Puerto miran, do el frances se encierra,
en tanto afilan el templado acero
que oculto siempre el esterminio lleva.
Y aun temerario y loco aquel monarca,
que la corona de Pelayo ostenta
por inicua traicion, rogar pretende

que humilde Cádiz su coraje venza;
y aun al guerrero ilustre, que en los mares
tan alta puso su feliz bandera,
osa decir que el águila enarbole,
so los vajeles que á la patria restan.
¡Oh!... soberbia cruel, como te engañas;
¡Oh!... terrible ambicion y cuanto ciegas
al invasor, que en su coraje olvida
la historia insigne de la noble Iberia.
¿Es posible humillar á los que bravos
al cielo piden que su honor proteja,
y sucumben al pié de ese estandarte
que el timbre hermoso de la gloria ostenta?
¿Es posible rendir á los leones
que valientes sacuden su melena,
y al mundo todo en su feroz rugido
conmueven de terror cuando despiertan?
¿No suena el bronce en el azul espacio
con ronca voz que las alturas puebla,
y hasta la luz que el horizonte tiñe
no brilla más con la nefanda guerra?
Pues si tal acontece, si en España
todo lo horrible del valor se encuentra
y al solo grito de inminente lucha
la sangre afluye á las inchadas venas:
¿cómo el *isleño*, que su ley pregona,
ha de abatir la natural fiereza
si le ampara esa fé de sus mayores
y absorto al mundo en su entusiasmo deja?
Hombres, niños, mujeres y hasta ancianos
de aspecto débil y de edad provecta,
las torpes iras del tirano infame
juran vengar, con arrogancia fiera.
Y nada importa que el cañon vomite
terrible estrago, y que doquier se cierna
la muerte airada, cuya faz medrosa
al noble y libre gaditano muestra;

nada tampoco que la sangre humee,
que el plomo abrase, que el incendio prenda,
que no haya luz, que la metralla ruja
y en su cóncavo el sol relumbre apénas;
que en tanto exista libertad y patria
y un solo pecho la region defienda,
bien puede Cádiz con sublime orgullo,
á los mundos decir: «que Francia tiembla.»
Y es la verdad, su temerario arrojo
respeto impone á la legion guerrera,
que de un confin al otro de la Europa
llevó triunfante su gloriosa enseña;
y aquellos bravos de Wagram y Arcole,
que en cien batallas que la historia cuenta,
vencer supieron con valor temible
los soldados más grandes de la tierra;
rinden su lauro á la inmortal bravura
del puñado de gente á quien asedian;
y aun á pesar de que iracundos rugen
con tanto ardor, al conocer su mengua,
á pesar de que el nombre sacrifican,
que en todas partes orgullosos llevan,
llenos de admiracion ven al hispano,
que, resuelto á luchar, nunca se entrega.
En vano Soult, con impaciente anhelo,
de la Isla de Leon el sitio estrecha,
y en vano acude á los bastardos planes
que oscurecen los triunfos de la guerra.
Tambien, en vano, por doquier proclama
que el miedo cunde entre la raza ibera,
y que víctima Cádiz de la peste,
que á sus exiguos defensores diezma,
que aniquila el valor y causa estragos,
que destruye el coraje y que amedrenta,
pobre de ánimos ya para el combate,
solo rendirse al vencedor desea.
¡Torpe y vana ficcion!... Vil impostura

que airada forja la maldad soberbia
de quien, loco quizás, pérfido ignora
dónde el valor y el heroismo llegan.
¡Rendirse Cádiz! ¡Aceptar el yugo
que el coloso de Europa le reserva!...
¡Marchar uncida al refulgente carro
de Napoleon, que en humillarla sueña!
¡Hacer inútil su sin par martirio!...
¡Renegar de su nombre y su altiveza!...
Nunca, jamás; miéntras le aliente un hijo
que el arma empuñe en su terrible diestra.
Diga pronto sino la *Cortadura*,
ese baluarte que con ansia eleva,
dónde el temor está, dónde el desmayo,
que asaz pregona la cobarde lengua.
Diga doquier del gaditano ilustre
todo el valor y la constancia inmensa,
que á las iras dal déspota sonríe
y su locura y su maldad desprecia,
ese gigante y poderoso esfuerzo
que asombro causa á la nacion entera,
y que al mundo recuerda el patriotismo
que ardiente vive en la española tierra.
Titan del siglo, en su inmortal decoro,
que no comprende humillacion ni ofensa,
sobre el camino que al hogar conduce
levanta inexpugnable fortaleza,
y cuando al cielo la gigante mole
sus fuertes muros orgulloso eleva,
que sin cesar á la region protegen
donde es más digno el que mejor pelea;
si desde el ancho foso hasta el rastrillo,
y desde el puente á la artillada almena
lo mira el invasor; *esto los bravos*,
dice potente, *á vuestro encono muestran*.
Y así el isleño en su valor acrece,
y así proclama su bendita idea,

y un mes tras otro mes, año tras año,
siempre indomable en su constancia fiera,
á la voz del deber, que le arrebata,
y al grito de entusiasmo, que le alienta,
sabe abatir, con sin igual coraje,
las imperiales águilas francesas.

III.

EL PREMIO DEL HEROISMO.

Alzan las olas de la mar bravía
montes de espuma, que hasta el cielo suben,
y en el profundo abismo en que se encierran
con voz potente y sin descanso rugen.
Esconde el sol sus moribundos rayos,
faltos de luz, entre apiñadas nubes,
que por doquier el horizonte empañan
y en torbellino inmenso se confunden.
Y allá á lo léjos, con clamor medroso,
con eco vago, que anhelante encubre
el furioso bramido de las ondas,
que airado el *Noto* sin cesar produce,
otra más ronca voz que la del trueno
vibra sedienta de coraje inútil
al ver que Iberia con valor proclama
la insigne gloria de su nombre ilustre.
¡Quién la puede humillar! ¡Quién, orgulloso,
su acero embota, que entusiasta luce,
si al claro sol, que el patriotismo alienta,
pide, al forjarlo, la potente lumbre!
¡Quién osado la vence y la rebaja
y el lauro roba que su frente cubre,
si aun de sus hijos el honor preclaro
la Europa entera con placer difunde!
¿Puede abdicar su natural fiereza,
la que sin tregua, que el temor reuse,

sabe decir al universo todo,
que no existe poder que la subyugue?
¿No es la misma, quizás, que á sus antojos
muestra á los pueblos que oprimidos sufren
cómo se humilla la ambicion bastarda
y el torpe anhelo que el coraje encubre?
Pues si á la sola voz de sus deberes
se alza anhelante y con valor destruye
las del déspota vil tropas guerreras
que encadenarla sin cesar presumen;
la frente irguiendo que el dolor no abate,
á todo aquel que su clamor escuche
pronto dirá: «que es libre y que al tirano
que la quiere oprimir nunca sucumbe.»
Ya al fuerte muro el arrojado isleño
lleno de afan con impaciencia sube,
miéntras que ansiosa la Nacion proclama
su augusta ley y el entusiasmo cunde.
Ya el invasor, en su terrible encono,
sin otro fin que su perfidia impulse
que el del júbilo inmenso, que anhelante
doquier pregona el gaditano ilustre
que le sabe humillar, fiero y airado,
tanto placer, frenético interrumpe
haciendo vil que la metralla ardiente
furiosa estalle y su valor sepulte.
¿Lo podrá conseguir? ¿Su torpe saña
puede al patrio clamor quedar impune
en tanto aliente valeroso un pecho
que del tirano el esterminio jure?
Nunca, no puede ser; ya el bronce suena,
ya en el altar el sacerdote infunde
noble valor al que su hogar defiende,
y en él tan solo su placer descubre.
Tambien del mar las irritadas olas,
que en torno airadas con estruendo rugen,
gritan doquiera que el honor hispano,

sin mancha alguna, esplendoroso luce,
y en la bóveda azul, donde se agitan
haces de soles de brillante lumbre,
con insólito afan pregona el eco
que España es libre y que jamás sucumbe.
San Fernando luchó como tan solo
sabe luchar el que valiente asume
toda la gloria y el valor probado,
que ante la voz del patriotismo surge,
y en el lauro inmortal que le engrandece,
los pueblos todos sin cesar descubren
que nunca muere en su gigante raza
el sacro fuego que el valor difunde.
No en vano Cádiz pretendió su ayuda,
no en vano anhela que el acero empuñe
contra el déspota vil, si un mismo lazo
de esperanza y amor siempre las une;
y en tanto exista en la envidiosa tierra
quien el decoro de la patria insulte,
puede Cádiz decir que no perece
si alienta un pueblo que su honor escude.
¡Eterna gloria al español bizarro
que, honrado y digno, sin cesar presume
la frente hundir de la soberbia insana,
que al mundo entero su ambicion descubre!
¡Eterna gloria al adalid valiente
que al noble grito de la patria, acude
donde el decoro y el honor pregonan
sublime fé, para que invicto triunfe.
Y en tanto Europa su poder aclame
y el lauro *ciña* que entusiasta luce:
¿cómo puede morir, si aun no ha nacido
quien obtenga jamás su servidumbre?

Jerez 12 de Julio.—1881.

EL SIGNO DE REDENCION.

ODA.

In hoc signo vinces.

Sumido en idolátrica creencia
de polo á polo el orbe se encontraba;
del Dios omnipotente,
del Dios piadoso que en lejano día
al *fiat lux* creara
tierra, mar, firmamento, astros y soles,
el culto se extinguía.
En ídolos impuros
puesta la fé de la soberbia odiosa,
perdida para siempre en los oscuros
antros de la impiedad la sacra lumbre,
que un tiempo esplendorosa,
del Sinaí en la cumbre
radiante iluminó la faz del mundo;
de las pasiones entre el lodo inmundo
manchada la virtud, triunfante el vicio,
hielo en el corazon, sombra en los ojos;
el hombre á sus antojos
sin rumbo caminando á la tortura
de eterna perdicion. ¡Oh! ¡cuánta mengua!
Y...¿no hubo un rayo en la celeste altura
que aniquilar osase
tanta infamia maldita,
y al hombre vil con su poder mostrase
de *Jehová* la colera infinita?

Deja que el labio mío,
¡Oh Dios clemente! á tu poder tribute
himnos de adoracion; que de mi canto
hasta tí suba el inspirado acento,
que en dulce sentimiento
muestre la fé que tu grandeza aclama,
y en célica armonía,
al sacro fuego que la mente inflama,
vibre por tí la cítara sonora;
que exaltada la jóven fantasía,
del triste pecho que tu nombre adora
cante el pesar profundo,
y así afligida á contemplar se atreva,
odiosa y vil, la ingratitud del mundo.

—

De la nada formado;
de deleznable polvo convertido
en rey de lo creado,
el hombre contra tí lanza su reto,
¡Oh excelso Creador! Su orgullo loco,
que en vano busca el inmortal secreto
de lo que ansioso en rededor admira;
cruel, teniendo en poco
la excelsa magnitud de tu grandeza,
su indómita fiereza
le impele á rebelarse á tu divino
mandato que es su bien; su sola ayuda;
el áspero camino
cruzar anhela sin poder ni traba;
miserable pensando que se escuda
en su razon traidora,
orígen de su insólito quebranto,
el yugo rompe que al deber le unía,
y la tierra en que mora,
con mezcla de esperanza y de agonía,
causa su hondo sufrir, su acerbo llanto.

Roma, Grecia, el Oriente...;
¡Oh! cuánto pueblo y raza fementida
despreciando del Dios omnipotente
la sacra ley que es freno de la vida.
Cuánto orgullo, vileza y podredumbre;
cuánto y cuánto precito:
cuánta infernal é impía muchedumbre
pregonando su bárbaro delito.
Ni el arte ni la ciencia
llevan el sello de la fé cristiana;
con fuerza sobrehumana
lucha por alcanzar lauros el genio.
Safo, Pindaro, Apéles
Fidias y Praxiteles
no inspiran sus gigantes creaciones
en el culto de un Dios, todo ternura,
todo piedad hermosa;
tan grandes y sublimes concepciones,
en la caterva impura
del torpe paganismo
buscan raudal de inspiracion gloriosa.
Y.. así el arte, ¿qué puede? ¿qué adelanta?
Será modelo que la historia admira,
mas nunca creacion que el bien inspira
y el alma noble á la virtud levanta.

—

La miserable idea
de esta vida mortal que es tan mezquina
causa el solo vivir del mundo ignoto,
que infame se recree
soñando en el deleite que imagina.
Roto el freno del bien, el lazo roto
que unía el hombre á Dios, todos los males
desencandenan su furor creciente;
sumido en los inmundos lodazales
del asqueroso vicio,
el mísero mortal su dicha siente;

profundo y tenebroso precipicio
ábrese ante sus plantas, y así, osado,
aun su maldad pregona,
y uno tras otro, al crímen empujado,
sus delitos nefandos eslabona.

—

¿Y pudo acaso el hombre en su vileza
hundir entre las sombras del olvido
la imágen de ese Dios, todo grandeza,
todo sublime amor, que es tan querido?
Pudo, si, pudo, y con menguado anhelo
osó insultarle aleve,
sin comprender jamás que al alto cielo
nadie á subir en su ruindad se atreve.
Gusano vil que arrastras entre el lodo
y encenagado en él tu ser inmundo;
¡dí si puedes mostrar de cualquier modo
tu impía saña al Creador del mundo!
Inútil pensamiento
del miserable orgullo que en tí anida,
que un débil soplo del divino aliento
de ese sublime Dios te dió la vida.

—

El mundo antiguo en su impiedad creciente
necio creyó sin duda
humillar el poder del Dios divino;
con orgullo insolente
su efímero destino
rindió culto gentil á las deidades
más toscas y soeces;
populosas ciudades,
sin cesar apurando hasta las heces
la copa del placer, al torpe dolo
consagraron su innoble pensamiento;
de un polo al otro polo
con férvido contento,
sujeto el hombre á su pasion profana

soñó acaso inmortal su poderío,
y al carro vil de la deidad liviana
ató su inteligencia y su albedrío.

—

Tambien la impía Roma
á la pagana grey alza su solio,
y al mismo tiempo que la tierra doma
y el triunfo vé del alto Capitolio,
de uno en otro confin su voz resuena;
el mundo todo á su poder rendido
arrastra la cadena
de odiosa esclavitud, y así vencido,
desde la invicta Veyes
á Galia, España, Egipto y Etiopía,
del *pueblo rey* reciben á porfía
idioma y religion, ritos y leyes.
Su condicion esclava,
¿podrá acaso sufrir tan dura mengua?
¿el villano sonrojo que le acosa?
Deten, deten, ¡oh lengua!
tu voz que aclama en vano
y á otra region dirige, aun más hermosa,
con raudo afan, tu aliento sobrehumano.

—

Allí, sobre una cruz, torpe suplicio
que impone al hombre Dios la inmunda plebe
soez y corrompida,
el santo sacrificio
se consuma del Gólgota sangriento;
allí al pueblo deicida,
de saña avaro y de furor sediento,
al inocente á su venganza entrega:
su labio moribundo
triste quejido exhala,
que al alto trono del Eterno llega
llevando en sí la salvacion del mundo.

Signo de redencion, lábaro santo,
enseña protectora
de ese mundo que arrastra entre cadenas
su inteligencia esclava
por el pecado vil del primer hombre;
¡qué mucho que se asombre
á tu poder y á tu bondad creciente
el torpe paganismo,
y débil ante tí postre la frente
herido por la luz del cristianismo!

—

Al erguirse doquier, santa y bendita
la cruz que los apóstoles llevaron
con ternura infinita
del uno al otro confin del Orbe entero,
cien razas y naciones adjuraron
su vil error primero.
El ídolo cayó, cayó la venda
que á la proterva humanidad cegaba;
sus asombrados ojos
lucir vieron la senda
de más hermoso y fraternal consuelo,
y entusiasmada, se postró de hinojos
para adorar creyente al Dios del cielo.
La idea salvadora
cruza rauda y ligera,
sublime y bienhechora
la tierra por entónces conocida,
y de esperanza bálsamo sublime
lleva doquier al universo vida.
La Roma ayer pagana,
no sin ántes luchar con saña ardiente
por abatir la religion cristiana,
gozosa al fin, de su impiedad despierta;
abre entónces la puerta
al apóstol de Dios, y en su camino
distingue nueva luz, pura y radiante

que ilumina la fé de Constantino.

—

La esclavitud odiosa
pierde el carácter que tuviera un día,
como baldon y ultraje
al santo Dios que hermanos nos formara;
lima la dura argolla
de su cuello el esclavo envilecido,
cae á sus plantas la servil cadena,
su libertad alcanza,
y de placer y de entusiasmo henchido
por el Orbe frenético resuena
himno de gratitud y de esperanza.

—

Doquier la santa enseña
del divino Jesus brilla potente,
y al rayo refulgente
de la sagrada luz que le acompaña,
la idolátrica turba aborrecida
cede su empuje y su furiosa saña.
Los ínclitos guerreros
que sin cesar pelean ardorosos,
al esgrimir valientes los aceros
por defender los hechos prodigiosos
de la Cruz, que enardece su bravura,
alcanzan nueva gloria,
y el lábaro, cerniéndose en la altura,
es la señal del triunfo y la victoria.

—

El hombre, por doquier marcha afanoso
á asegurar su dicha y su ventura;
fraternidad, ternura
es el lema que siempre esplendoroso
con solícito afan busca y pretende;
en nuevo amor se enciende
que impulsa su existir; enajenado
su ciego impulso inmola,

y de nobles instintos coronado
nuevas virtudes por su fé acrisola.

—

No en la furia guerrera,
no de la lid entre el fragor sangriento
el hombre solamente se extasía;
la dulce poesía,
la ciencia, el arte, cual piadosos dones
del alma noble que en el bien se place,
llevan á las naciones
á esa grata cultura
que es fuente inagotable de ventura.
Taso, el Petrarca, Ariosto,
Milton, Camoens, Cervantes
elevan su gigante pensamiento
á otra esfera mejor que la que habitan,
y exornados por lauros incesantes
sus inmortales nombres acreditan.
Newton y Galileo,
Kepler y Gutemberg, con sobrehumano
aliento, su existencia
consagran á arrancar ignoto arcano
del escondido libro de la ciencia.
Miguel Angel, Murillo,
Ticiano y Rafael, frescos laureles
ornan divinos á su sien gloriosa,
y al brillo de sus mágicos pinceles
la Religion sublime es más hermosa.

—

A los remotos mares
lleva Colon el lábaro bendito;
el sublime poder de lo infinito
le protege en su empresa milagrosa;
el suelo americano,
diadema insigne de su sien gloriosa,
pisa su noble planta,
y humilla la cerviz el rudo isleño

vencido por la enseña sacrosanta.
Hernan Cortés, Pizarro,
atan al fiero carro
de la guerrera Palas dos naciones,
y con la Cruz que su victoria entraña
dan un floron más rico
á la corona de la noble España.
Vasco de Gama, Américo y mil otros
cruzan, de gloria en pós, el mar potente,
y el férvido Occeano
humilde inclina su espumosa frente
ante el bajel de Sebastian de Elcano.

—

¡Oh! cuánto y cuánto triunfo, Dios piadoso
tu enseña sacrosanta ha conseguido;
cuanto gentil é idólatra orgulloso
su conversion por ella ha merecido!
Hoy tambien á otras zonas
humilde misionero
lleva la cruz del Gólgota adorada,
y predica doquier al Orbe entero,
con noble afan, la religion sagrada.
Vendrá lejano día
que por su bien querido
hermano todo el universo sea;
y sin rencor ni dolo,
por la virtud y la esperanza unido,
de un polo al otro polo
triunfe el pendon de la cristiana idea.

HERO Y LEANDRO.

LEYENDA.

I.

EL HELESPONTO.

La ignota antigüedad supersticiosa
creyó á este mar de escollos erizado,
y en vano su bravura belicosa
pudo vencer su curso abandonado.
La infortunada Helé, la casta Diosa
orígen dió á su nombre respetado,
y temiendo quizás su saña impía
nadie emprender osó su travesía.

—

Mide once leguas su mayor largura
y una y media cabal de orilla á orilla;
ambas márgenes son de roca dura
y el vasto lecho de arenosa arcilla.
La vista, al contemplar su negra hondura
de terror se sorprende y maravilla
al ver saltar furiosas cada instante
sus olas con estrépito incesante.

—

En la márgen izquierda se levanta
un castillo de altivas proporciones,
ciñe en la roca su segura planta
do se fijan sus negros torreones.
Su airoso corte y sencillez encanta,
defiéndenla macizos murallones
y en la torre de honor, bella y grandiosa,
vése una luz radiante y misteriosa.

—

Manchan las nubes el azul del cielo

ocultando en su seno las estrellas,
y de la noche el tenebroso velo
descorren á menudo las centellas;
Tendió el *petrel* con rapidez su vuelo
batiendo con furor sus plumas bellas,
y se ven de las olas las espumas,
de la terrible noche, entre las brumas.

—

Hállanse en el *Estrecho* reprimidas
y chocan en las peñas escarpadas
y por el fiero Noto combatidas
hacia el cielo se elevan encrespadas.
Cruzan el Helesponto embravecidas
al contemplarse estrechas y encerradas,
y á la voz de los truenos respondiendo
se alzan hasta las nubes con estruendo.

—

Y allá, en la orilla, entre la niebla oscura
que de un negro crespon ciñe la esfera
resplandece la luz radiante y pura
rasgando las tinieblas altanera.
Aquel fanal, que blanca luz fulgura
demuestra un corazon que amante espera
y parece, al mirarle en lontananza,
faro que encendió amor y dá esperanza.

—

Entre las verdes olas espumosas
y envuelto en su furioso remolino
un hombre lucha, en ansias angustiosas
por salir del terrible torbellino;
en vano sus miradas pesarosas
miran cercano el fin de su camino,
y el mar sus fuerzas y valor humilla
por más que mire ya cerca la orilla.

—

Es Leandro, que fiel á su promesa,
en las revueltas aguas se abalanza

y animoso en cumplir su loca empresa
en el rugiente piélago se lanza.
Mas no como otras veces le atraviesa
ni fácilmente en el *Estrecho* avanza,
y si el mar no se calma, tal vez pronto
le dé ancha sepultura el Helesponto.

—

Giran sus negros ojos encendidos,
contemplan de la luz los resplandores
y lloran de dolor, al ver perdidos
en las furiosas aguas sus amores.
Saluda con tristísimos gemidos
de aquel faro radiante los fulgores
y á Dios rogando humilde en su agonía
sus últimos suspiros á Hero envía.

—

Sus labios, por el frío amoratados
una oracion formulan tierna y pura
que recogen los vientos enervados
y llevan en sus alas á la altura.
Se abre el mar, sus abismos insondados
se ven cual tenebrosa sepultura,
y al par que resonaba el ronco trueno
veloces le encerraron en su seno.

—

Vuelve á rugir feroz la mar bravía,
sacude vigorosa sus espumas,
y un gemido se escucha de agonía,
de la noche perdiéndose en las brumas.
Ya se acerca la luz del nuevo día,
ya de nuevo el *petrel* bate sus plumas,
y con la noche, que veloz se ahuyenta,
corre entre negras nubes la tormenta.

—

Ya el *Estrecho* no cruzan las corrientes
y susurran las brisas plañideras,
y en vez de los relámpagos ardientes

la luz del sol alumbra sus esferas.
Las aguas cesan de rugir hirvientes,
ya murmuran las ondas placenteras, .
y de sus leves rizos espumosos
salen gemidos, ayes angustiosos.

—

Y al pasar por allí, junto á la orilla
se reunen las olas un instante,
bajan hasta tocar la húmeda arcilla
y dan un beso al desgraciado amante:
y hasta que el sol en los espacios brilla
repiten este juego á cada instante.
Nació la aurora, el mar se mueve apénas;
guarda un cadáver más en sus arenas.

II.

LA MUERTE DE HERO.

Sombras nacidas de la noche oscura
que manchais de los cielos la pureza,
huid, que ya colora la llanura
la blanca aurora que á nacer empieza.
Del sol la luz ardiente ya fulgura
y á los mares reviste de belleza.
huid, que mi inspirada fantasía
anhela pronto ver el nuevo día.

—

Salid de vuestros lechos de jazmines
en que dormíais, ninfas de Diana,
que ya del mar los nívidos delfines
salen á saludar á la mañana.
Tranquilo está el *Estrecho*, en sus confines
nace el sol entre nubes de oro y grana
y al par que suave brisa los orea
en su límpido azul se colorea.

Del vendabal los hálitos impuros
huyeron ya, y en plácida armonía
los cortinajes de la noche oscuros
descorrió con presteza el nuevo día;
del castillo los fuertes y altos muros
alumbra el sol que su fulgor le envía,
y en alas de los céfiros suaves
los aires cruzan matizadas aves.

—

En vano Hero á su amante inquieta espera,
en vano tiende en torno la mirada,
en vano, en su dolor, se desespera,
en vano gime su alma lacerada.
Teme la realidad, y lastimera
quejas dá al viento su alma enamorada;
su corazon, en lágrimas deshecho,
presiente lo pasado en el *Estrecho*.

—

Fijos sus negros y rasgados ojos
en las aguas serenas, trasparentes,
pidiendo al mar los lívidos despojos
que debe de arrastrar en sus corrientes;
suspiros lanzan mil sus labios rojos,
recuerda sus amores inocentes,
y entre la brisa, que su frente orea,
su nombre oir con ansiedad desea.

—

Juegan las olas en su lecho blando
y entre las rocas sin cesar se mecen,
á las orillas llegan suspirando
y otra vez hacia el centro desparecen;
Hero distingue, á su merced, flotando
un cadáver, sus fuerzas desfallecen,
reconoce á su amor, y en su locura
vé perdida por siempre su ventura.

—

Jamás verá su varonil semblante

ni podrá oir su cariñoso acento;
ya nunca más, su corazon amante
percibirá su perfumado aliento.
Oirá en el Helesponto á cada instante
sus quejas de indecible sentimiento,
y doquiera que extienda la mirada
verá siempre su sombra ensangrentada.

—

Un ¡ay! desgarrador los aires hiende,
mira perdido su amoroso encanto
y su tumba en el mar hallar pretende;
seca con rapidez su acerbo llanto
y sobre el ancho piélago se extiende,
buscando alivio á su mortal quebranto.
Las aguas á su paso se entreabrieron
y de callada tumba le sirvieron.

—

Se estremecen las olas levemente
al ver accion tan noble y valerosa
y no osan á tocar la pura frente
ni los flotantes rizos de la hermosa.
Párase del *Estrecho* la corriente,
luego va murmurando misteriosa
y al encubrir su luz el firmamento
Repiten por doquier triste lamento.

1880.

EN EL MAR. [1]

Nubes de ópalo y de grana
orlan el lejano oriente,
con las cuales se engalana
la álbea luz de la mañana
que despunta sonriente.

—

El mar, tranquilo y sereno,
yace oculto entre la bruma
que nació de su hondo seno,
y bate, al tascar su freno,
copos de nevada espuma.

—

Veloz mi barco camina
entre las ondas de plata,
miéntras la aurora divina,
que el firmamento ilumina,
sus limpios rayos desata.

—

Nubes, cuyo hermoso encaje
reflejan tintas ignotas,
pueblan el azul celaje
para copiar el plumaje
de las blancas gaviotas

—

Surca la nave ligera
el mar dormido y en calma,
y mi mente, placentera,
quiere trovar lisonjera
el sentimiento del alma.

---

(1) Poesía escrita á bordo del vapor «*Aurrera*» en el puerto de Santander, el día 12 de Febrero de 1874.

Me extasío contemplando
con amor las mansas olas
que, su morada dejando,
van á morir, suspirando,
en las playas españolas.

—

Porque el eco entristecido
que allí murmuran dolientes,
es el lejano gemido
que mandan adormecido
á su patria los ausentes.

—

Los que en la abrasada zona
de esa region bendecida,
que el mundo entero ambiciona,
ciñen inmortal corona
por sus lauros conseguida.

—

Los que á la patria defienden
en mortífera campaña,
que hijos ingratos encienden,
y hacer respetar pretenden,
el limpio blason de España.

—

¡Ah!.. cuántas veces gimieron
aquellos que te dejaron
y á la América partieron,
y aquí el último « adios » dieron
al país que abandonaron.

—

Quizás el astro naciente
con sus vívidos fulgores,
al teñir desde el oriente
el lejano continente
de luz, riqueza y colores;

—

Vino á turbar un momento

las ideas del soldado
que, entre el voraz sufrimiento,
dirigia un pensamiento
á su hogar idolatrado.

—

¡Quién sabe si, dolorido,
al mirarte de esta suerte
en region extraña herido,
te contempla entristecido
en los brazos de la muerte!

—

¡Quién sabe si en la pelea
te está mirando anhelante,
y en tu luz hallar desea
un solo rayo, que vea
lo que pasa en su semblante!

—

¡Quién sabe si acaso goza
de suaves auras tranquilas,
si por su pesar solloza
y con el llanto destroza
el fulgor de sus pupilas!

—

Él vió risueño y dichoso
esta tierra que yo miro,
y ahora en cambio, pesaroso,
la recuerda cariñoso
al ¡ay! de un hondo suspiro.

—

¡Pobre patria!... Por tí lloran
aquellos hijos valientes
que hoy en América moran,
y más que nunca te adoran
siendo á tu dicha obedientes.

—

. . . . . .
. . . . . .

Cielo azul; ave pintada;

mar tranquilo que me meces,
y tú, risueña alborada,
que, cual nunca nacarada,
á mi vista resplandeces;

—

Deja al triste peregrino
que te contemple un momento;
y al proseguir su camino,
hoy que el aciago destino
absorve mi pensamiento;

—

Mirándote enajenado,
de llorar los ojos rojos,
te dedique entusiasmado
esta trova que ha cantado
con lágrimas en los ojos.

LOS NIÑOS HUÉRFANOS.

Noche de invierno sombría,
densas brumas en el suelo,
la vega tétrica y fría;
un quejido de agonía
y una sombra allá en el cielo.

—

Vago, fúnebre, doliente
eco de un clamor ignoto;
una plegaria ferviente,
y recio, duro, imponente,
el rugir del terremoto.

—

Un grito que amante ruega,
una faz que triste asoma,
llanto que la vista anega;

un ¡ay! profundo en la vega
y un techo que se desploma.

—

Sobre una cuna abrazados
dos ángeles, dos querubes,
rubios, bellos, sonrosados,
como esos niños alados
que el pintor finge en las nubes.

—

Tras la cuna un cuerpo inerte
que informe escombro sofoca,
y en el que horrible se advierte
esa huella de la muerte
que las lágrimas provoca.

—

Es una infeliz mujer
la que yace en el no ser
inmóvil, rígida, yerta;
¡cuán profundo padecer
causa el contemplarla muerta!

—

Mueve horror, hiela el acento
ver aquellos ojos fijos
que, en el último momento,
retratan el sentimiento
de la horfandad de dos hijos.

—

Y en la alcoba abandonada,
que muestra casi arruinada
su pared y su techumbre,
se detiene anonadada,
al entrar, la muchedumbre.

—

¡Qué cuadro! Horrible dolor
pregona la estancia triste,
donde falta ese calor
que acaba con el amor

de la madre que no existe.

—

¡Pobres niños! ¿quién augura
vuestro porvenir lejano
lleno acaso de amargura,
si en tan negra desventura
no hay quien os tienda la mano?

—

Sonreís por ignorar
lo mucho que hay que sufrir
en la senda del pesar;
y esa risa, á no dudar,
es preludio del gemir.

—

Esa modesta casita
quizás volverá á su asiento
si la voluntad lo incita;
pero nunca aquel acento
de vuestra madre bendita.

—

Huyó de la tierra el ser
que colmaba vuestro afan;
sin madre tendréis placer;
mas su amor no ha de volver,
ni sus besos volverán.

—

Sus ojos, desde esa esfera
donde el bueno al fin reposa,
donde la virtud impera,
con mirada placentera
ven la caridad hermosa.

—

¡Pobre madre! ya tu acento
inspira aquí compasion;
pues Navarra, á tu lamento,
ni alberga más sentimiento
ni tiene más corazon.

Que el dolor que hoy nos asalta
por el mal que duro hiere
más nuestro cariño exalta;
pues si la riqueza falta
la CARIDAD nunca muere.

1885.

LUZ QUE NACE Y LUZ QUE MUERE.

Por el pálido tinte de la aurora
alumbrada la estancia en que se encuentra;
llanto en los ojos y en el alma luto
que imprime á todo sin igual tristeza.
Flores lozanas del jardin, que un día
cultivaron sus manos, en la opuesta
parte aun oscura de la linda alcoba,
testigo de su amor y de sus penas.
En el cielo la luz... en su mirada
terrible bruma de mortal tiniebla;
un suspiro despues... luego, en el aire
vago rumor de un alma que se aleja.
Una oracion cristiana al pié del lecho,
cercano un bronce que en el aire tiembla;
unos ojos sin luz... dicha en la gloria,
y otra brillante lágrima en la tierra.

1880.

EL TOQUE DE ÁNIMAS.

De la gótica nave en las ojivas
vagaban los rumores
de esa dulce plegaria que resuena
cuando vibra la voz del sacerdote.

Tenue y pálida luz del alto cielo
con lívidos fulgores
alumbraba al altar donde otras veces
de alegría los cánticos se esconden;

—

y el sonido letal de la campana,
desde la enhiesta torre,
esparcía doquier triste y doliente
funerario rumor siempre disforme.

—

Un instante de calma pasajera
que asaz la mente absorve;
una vaga armonía en los espacios
que se pierde entre débiles acordes;

—

y despues, poco á poco, entre las preces
que al alma sobrecogen,
alumbrando sagradas sepulturas,
la macilenta luz de los blandones.

—

Brillan estos doquier; las sombras huyen;
ante ellas se interpone
el creciente fulgor que irradia el templo
con extraños y opuestos resplandores;

—

y aquella multitud que llora y reza,
que gime y que responde
á la armónica prez que en los altares
el ministro de Dios eleva entónces,

—

evocando, quizás, tristes recuerdos,
á las cercanas voces
que repite la nave, une sin tregua,
triste el eco letal de sus clamores.

—

Tras de cada blandon mírase un grupo
que ansioso se propone

la memoria adorar de aquellos seres
que inspiran sus amantes oraciones;

—

y al suspiro que brota de los labios,
hondas lágrimas corren;
pues las huellas que causa el sufrimiento
y el terrible pesar, no hay quien los borre.

—

En su llama brillante el rojo cirio
parece que recoge
átomos de aquel ser que ya no existe,
por que el llanto del bien nunca se agote.

—

Pero en cambio ¡ay de mí!: qué solitarios
se ven esos blandones
sin familias que recen y procuren
avivar de su luz la llama informe.

—

En sus débiles rayos que entristecen
existe algo que impone,
algo que hace llorar y que refleja
la perdida ilusion que alberga el hombre.

—

Si otro triste blandon, madre del alma,
tan solitario y pobre
sobre tu fosa está, sin que yo pueda
aumentar con mi vista sus fulgores,

—

siempre te rezaré, léjos, muy léjos;
pues sé cuántos dolores,
cuántas penas sin fin sufren los seres
que no tienen ni llantos ni oraciones.

1883.

EL NIÑO ENFERMO.

Sobre el nevado encaje, gota á gota
el llanto se desprende,
que el dulce amor de la atligida madre,
del pobre niño en el semblante vierte.

—

La opaca luz de la pequeña alcoba
con sus reflejos débiles,
finge lúgubres tintas, donde el alma,
presa de angustia, sus temores lee,

—

Y allí en los aires, con clamor medroso,
que al corazon conmueve,
algo como el batir de blancas alas
suave se escucha, angelical y teme.

—

En los labios del niño moribundo
tristes quejas dolientes
óyense sin cesar, miéntras sus ojos
buscan la gloria que escalar pretende;

—

Y el tiernísimo grupo que rodea
la cuna en donde muere,
alza su vista á Dios, en donde mora
todo el consuelo que los hombres sienten.

—

Una mano extendida le bendice,
unos brazos le envuelven;
unos labios se posan en sus labios,
mudos ya por el frío de la muerte;

—

Y al sentido clamor de la plegaria
que los espacios hiende,
el ángel puro de las blancas alas
trasporta un alma á la region celeste.

1881.

LA MEJOR RIQUEZA.

(CUENTO ORIENTAL)

Buscando en los rincones
de mi memoria,
una historia recuerdo
que me contaron;
y, por que tú la aprendas,
ahí va la historia
con los mismos detalles
que la engendraron.

—

No es historia de amores,
ni de amarguras,
ni de inquietos pesares;
óyela en calma;
es un cuento precioso
cuyas ternuras,
simbolizan lo bueno
que alberga el alma.

—

Es oracion de un ángel
que el bien reviste;
rezo que en torno ahuyenta
las inquietudes;
es ferviente plegaria,
súplica triste
que la idea ennoblece
de las virtudes.

—

Es mi cuento alegría
que el justo adora;
es placer delicado

que aparta enojos;
es consuelo querido
que el bueno implora;
es imágen de dicha
como tus ojos.

2.°

Hace ya muchos años,
larga es la fecha,
que en las dulces regiones
que el Quivir baña;
donde mirando al cielo
ya se sospecha
que el vergel de los mundos
brota en España;

—

Una niña preciosa
como un querube,
de mejillas rosadas
y trenzas de oro,
se encontró casualmente
do el Bétis sube,
escondido del hombre
todo un tesoro.

—

Perlas finas de *Arabia*,
rubís de *Armenia*,
con diamantes del *Cabo*
que no hay iguales;
jacintos y esmeraldas
de *Carlodenia*,
zafiros de *Bassórak*,
plata y corales.

—

Toda aquella riqueza,

que bien podría
complacer todo un mundo,
sin grande aprecio,
fué mirada al instante
por *Luz del día*,
con marcadas señales
de menosprecio.

—

—Y, ¿qué es esto? se dijo;
¿quién me lo manda?
y á su acento de angustia,
doliente y vago,
—Para tí, si lo quieres,
la diosa *Oswandha*
reservado lo tuvo,
respondió un mago.

—

—Mi riqueza es más grande,
dijo la hermosa,
la sensible zagala
que Hispalis tiene.
—Mira que si lo guardas
serás dichosa.
¡Vamos!.. ¿qué me respondes?
—No me conviene.

—

—Tengo yo otro tesoro
más dulce y bueno;
más santo y más querido
que humilde brota;
que hace vivir al hombre
de goces lleno;
que jamás desparece,
que no se agota.

—

—Y ese dulce tesoro,
de amor trasunto,

¿dó es posible encontrarle
cuando hay firmeza?
—Y la niña, con gozo,
responde al punto:
En la virtud del alma,
que es gran riqueza.

—

Huyó el mago, y la niña,
ya solitaria,
elevó hasta los cielos
dulces clamores:
y al compas cadencioso
de su plegaria
regresó hasta el aprisco,
siempre entre flores.

—

Aquí el cuento termina;
de él se desprende,
cual axioma infalible,
grande y profundo,
que es la virtud sagrada,
que el alma enciende,
el más rico tesoro
que hay en el mundo.

1884.

EN EL TEMPLO.

RIMAS.

Del sagrado recinto á los umbrales
detúveme un momento,
y formuló mi labio esa plegaria
que demuestra el fervor de nuestro pecho.

Declinaba la tarde; un rayo solo
de ese dulce reflejo
que esparce el sol al apagar su lumbre
llegaba á tí, con sus fulgores trémulos,

—

y ese vago rumor de lo infinito,
que incita al hombre al rezo,
murmuraba preciadas oraciones,
más dulces que los cánticos del cielo.

—

Miré tu rostro y saludé á la Vírgen;
pues siempre que en el seno
de este mundo mortal ve el hombre un ángel,
alza su vista al azulado imperio;

—

y eres el ángel tú, que entre mis brazos,
bajo el dosel del templo,
con las benditas aguas del bautismo
conseguiste alcanzar su amor inmenso.

—

Solitaria capilla, allá entre sombras
de la iglesia á un extremo;
sin más luz que la luz que penetraba
por el limpio cristal que la dá acceso.

—

Un grupo en el cancel de esa capilla;
otro grupo más lejos;
un ministro de Dios; mucho reposo;
mucha calma doquier, mucho silencio;

—

y al rumor de católica plegaria,
que repiten los ecos
de la nave ojival, tus manecitas,
que se posan amantes en mi pecho.

—

En tus ojos, reflejo de la gloria,
la imágen de lo bello;

en el alma la dicha incomparable,
que es la sombra del bien más halagüeño.

—

Un nombre repetido á cada instante,
que evoca en mí un recuerdo;
una voz celestial en las alturas,
un dulce resplandor allá, en el cielo,

—

y en la tierra una madre cariñosa,
que, de virtud ejemplo,
hoy suspira por tí porque ambiciona,
que comprendas lo dulce de sus besos.

1882.

¡MADRE DEL ALMA!

¡Ay! madre del alma mía;
¿dónde estás que no respondes
á las súplicas dolientes,
á los continuos clamores
del hijo que á tu recuerdo,
triste, enfermo, solo y pobre,
por doquier mucho cariño
va buscando entre los hombres?
Pero ¡ay! que tu amor me falta,
y por más que lo ambicione
y con él mire la vida
llena de infinitos goces,
no es posible que en tus brazos
cual otro tiempo repose
mi cabeza, fatigada
al peso de sus dolores,
ni que tus ojos me miren,
ni que los mios se entornen,

velados por ese sueño
de las dulces ilusiones.
De tu imágen tan querida
aun la sombra augusta y noble
ve cruzar, el que padece
las amargas decepciones
del mundo, y aun en los aires,
leve, imperceptible y dócil
resuena el eco bendito
de aquellos besos de entónces;
y, son ¡ay! los de una madre
tan dulces, que no se agoten
quiere el ser que los recibe,
para que la dicha torne;
y como yo no los tengo
mis lágrimas siempre corren.
Los que sin pesar ni afanes
hallan siempre en los albores
de la vida lo que anhelan,
y con santas afecciones
escudan todo quebranto
que en el mundo se recoge,
cuando la pobreza hiere,
por más que el talento sobre;
comprender no pueden nunca
ese martirio sin nombre
que es el llamar á una madre
si esa madre no responde,
ni con sus dulces caricias,
ni sus besos, que suponen
todo un cielo de ventura
cuyo fin no se conoce.
¡Madre...! ¡Madre...! yo quisiera
que cual el rayo, veloces
fuesen mis tiernos suspiros
hasta el sitio en que te escondes;
y aunque una mirada tuya

en mis luchas me socorre,
ya mis ojos están ciegos
para ver sus resplandores.
Yo rezo; yo á esa hora triste
precursora de la noche
en que todo dice al alma
cuánto el infinito absorve,
te llamo, y es tal mi pena,
tal el temor que me impone
la soledad, que acosado
por distintas impresiones,
pido al astro que más brilla
su fulgor, para que logre
desvanecer las tinieblas
que en el alma se interponen,
más que las del cielo tristes;
porque al fin estas se rompen
ante el sol, y aquellas crecen
para martirio del hombre.
¡Madre!... no me dejes solo,
y ya que el dolor me acose,
dame fé... pues necesito
que el mundo y Dios me perdonen.

1881.

¡DOLOROSA!

Envuelta en sombras la nave
del ancho templo cristiano
se oye un eco sobrehumano
que en su recinto no cabe.
Solo el alma, que lo sabe
comprender á sus antojos
rinde, ante el dolor, de hinojos
su sentimiento profundo;

es un gemido del mundo
que al cielo vuelve sus ojos.

—

Allí, en el santo lugar
á dó se postra el creyente,
y alumbrada débilmente
por las luces del altar,
casi apénas divisar
logro una imágen hermosa,
sobre cuya sien gloriosa
que inspira el rezo bendito
flota todo lo infinito
de una angustia dolorosa.

—

Finge tintas singulares
la alta lámpara encendida,
cuya llama amortecida
se refleja en los pilares.
Cubiertos ya los altares
muestran sus negros crespones;
y las dulces impresiones
que la fé del alma llevan
hasta el espacio se elevan
con las santas oraciones.

—

Pliega sus alas el mal
vencido por la emocion,
y asemeja la oracion
un murmullo celestial.
En la bóveda ojival,
harto tétrica y sombría,
vaga tierna melodía,
que en himno triste y sonoro
canta en inspirado coro
las angustias de María.

—

Una imágen y un clamor,

un rezo, un alma que adora
y un preludio que atesora
lo infinito del dolor.
Una luz, cuyo fulgor
alumbra triste capilla;
una invocacion sencilla
que de cariño hace gala;
un suspiro que se exala
y una lágrima que brilla.

En el espacio una nota
que al vibrar hiere la mente,
un eco dulce y doliente
y algo que en los aires flota.
Un raudal de amor que brota
del alma tierna y sentida,
una queja dolorida,
y en la oracion que resuena
lo más grande de esa pena
que el mundo guarda escondida.

1882.

LA TORMENTA.

¿No escuchas, dí, como rugen
las embravecidas ondas
de ese ancho mar turbulento
que á nuestros piés se alborota?
En su piélago profundo
nadie insensato se arrostra,
que imponente en su grandeza
hace hoy ver su altiva cólera.
Rizados copos de espuma
doquier las crestas coronan

de esos áridos islotes
que en su recinto aprisiona.
El viento muge en las vergas
del bajel que se destroza
por el choque continuado
de las corpulentas olas.
Con insólito rugido
sobre su casco se agolpan;
¡ay! del barco si se aleja
cuando sus amarras rompa.
Cielo y tierra no parecen
sino un conjunto que asombra,
mezcla de furia y soberbia
sin luz, colores ni forma.
Sus límites se confunden,
nubes y agua se entrechocan,
solamente luce el rayo
serpenteando entre las sombras.
¿Quién?... responde; ¿quién osado,
ha de atreverse á estas horas
á surcar ese hondo abismo
que airado todo lo arrolla?
Podrá el valiente piloto
que á su furor no se postra
pretender reñida lucha
por ver si triunfa con gloria;
Pero juguete del viento
la atrevida nave airosa,
sin fuerzas, rumbo ni guía
irá á estrellarse en las rocas.
Y el mar sus furias no aplaca
ni sus ímpetus reporta;
ni en sus concavos el trueno
sus rudas iras sofoca.
Sigue el vendabal rugiendo,
siguen soberbias las olas
que, con indómito orgullo

batallan unas con otras.
La tormenta ruge y crece,
el mar sus furias redobla;
¡ni una luz en lontananza!...,
¡ni un solo faro en la costa!

1880.

¡UN ANGEL!

Coronaron de mirto y siempre vivas
la losa funeraria,
y los ecos del aire repitieron
el doliente clamor de las campanas.

—

Oculto el sol entre apiñadas nubes,
en vano se esforzaba
por alumbrar con macilento rayo
la humilde cruz que su sepulcro guarda;

—

y la rojiza luz de los blandones,
con moribunda llama,
esparcía doquier tristes reflejos
que asaz provocan el dolor del alma.

—

Sombras en derredor..... dicha en la gloria;
angustia en las miradas;
rezo en todos los labios.... un suspiro
de la madre infeliz que sufre y calla:

—

en los ojos el llanto que consuela;
despues.... una plegaria
que hasta el trono de Dios lleva sumisa
la ardiente fé de la oracion cristiana.

1881.

A MI ESTIMADO AMIGO

El Sr. D. Pedro M.ª González y Valdés.

LA AMISTAD.

No lo dudes jamás, vive en el hombre
cierta afeccion indefinible y santa
que le impulsa á sentir, que le hace bueno,
que le protege por doquier que marcha,
que sofoca el pesar del infortunio,
que mitiga el rigor de la desgracia,
que destruye la víbora del vicio,
que le alienta á la fé y á la esperanza.
Puede el mundo egoista á sus antojos
decir que la amistad, do se retrata
lo sublime de Dios, nunca se encuentra
cuando aquí el corazon pretende hallarla;
puede quizás, en su malvado instinto
y en su orgullo, soberbia y arrogancia,
impedir que remonte hasta los cielos,
libre de envidia, sus mortales alas;
pero en tanto que aliente un hombre solo
y este logre sufrir penas del alma,
ni podrá perecer, ni es ya posible
que sucumba su idea que entusiasma.
Si nó el amigo: ¿quién? ¿quién nos consuela?
¿quién hasta el pié del lecho se adelanta,
é invocando solícita ternura
mitiga la dolencia que nos mata?
Si nó el amigo: ¿quién? ¿quién nos alivia,
cuando la pena y el dolor y el ansia
de esa lucha tan grande que nos hiere,
oprime el corazon que sufre y calla?
¿Quién compasivo, amante, generoso
se acerca á nuestro hogar y nos ampara

y escuda nuestro honor, si nó el amigo,
que siempre libre de pasion bastarda,
libre de todo afecto que desdora
y solo en su deber viendo colmada
la augusta caridad, cifra su anhelo
en ser útil á aquel que la demanda?
¿Quién al huérfano, al pobre, al inocente,
al que sufre hambre y sed, al que se cansa
de luchar con la pena que le oprime,
con el fiero dolor que le anonada;
quién al padre infeliz, que por sus hijos
llanto del corazon triste derrama,
consuela sin cesar, mas que ese afecto
que preciosa amistad los hombres llaman?
Tú no puedes saber, tú no conoces
lo horrible del dolor que al pecho embarga,
cuando sin deudos, ni favor, ni amigos,
sin consuelo, ni alivio ni esperanza,
cruza el mortal la senda de la vida
do se albergan doquier, donde se encarnan
esos males, aborto del infierno,
que á la ambicion y al egoismo lanzan.
Tú no puedes saber lo que atormenta
al nublarse los párpados de lágrimas,
no tener una mano cariñosa
que con dócil afan sepa enjugarlas;
y lo que hace sufrir, cuando á los ruegos
del pobre corazon que se desgarra,
no responde una voz, ni un eco solo
que al infinito eleve sus plegarias
¡Triste de aquel que abandonado vive!
¡Triste de aquel que su cariño guarda
para otro ser, que la amistad pregona
y en su preciado culto no desmaya!
¡Pobre de aquel, que por la pena herido,
busca el dulce consuelo que le falta,
y al fijar por doquier sus tristes ojos

solo encuentra el dolor que angustia y mata!
Sin la *amistad* que al hombre regenera
ni la virtud ni la honradez le bastan;
pues si del cielo es don, que no perece,
la vida alegra y la conciencia salva.

1881.

VIRTUD SIN ORO.

Te ví triste ayer mañana
y hoy tambien te encuentro triste,
mas no comprendo las penas
que hacen sufrir tu alma vírgen.
Por virtuosa y por honrada
no hay nadie que no te estime
en este sitio en que todos,
solo para amarte, viven;
y, si con tanta ventura
no gozas, y así te afliges,
es por que hay en tu existencia
un misterio incomprensible.
Vamos, sé franca y responde:
¿cuál, Amalia, es el orígen
de ese dolor que te aqueja
aunque tú ocultarlo ansíes?
¿Cuál la causa de ese lloro
que en tus párpados existe
y á marchitar se dispone
tus encantos juveniles?
¿Sientes, acaso, ser pobre
y que este mal sacrifique
las ilusiones doradas
que por doquier te sonrien?
Si esta razon es tan sola

la que tus penas imprime,
y tus pesares aumenta
y tus dolores permite;
aleja ya tu quebranto
y no, cual siempre suspires,
que la pobreza que lloras
es tu valer más insigne.
No temas, niña, que el mundo,
por esas causas, principie
á mostrarte desdeñoso
sus pensamientos más ruines.
No temas que amor del alma
que en tus virtudes se engríe,
y en ellas se enorgullece,
un instante se amortigüe.
Virtud y honradez sin oro
fué siempre grande y sublime;
oro, con cieno en el alma,
tan solamente es un crímen.

1880.

ALMA PERDIDA.

Desprendida del cuerpo, en lo infinito
flota el alma, de Dios sublime hechura,
y en su propia existencia lleva escrito
el inmenso dolor que la tortura.

—

Libre de todo mal, con santo anhelo
vino á buscar al hombre aquí en la tierra;
libre, mas contristada, vuelve al cielo
pensando en aquel sér que no la encierra.

—

Al alto Dios en su saber le plugo
colocarla quizás á sus antojos,

y del cuerpo del hombre fué verdugo
haciéndole impotente á sus enojos.

—

El alma aquella al mundo ha maldecido
y otro mandato en su arrogancia evita,
no es del cielo; la tierra la ha perdido;
¿dónde buscarla pues?.. ¿en dónde habita?..

UNA PÁGINA EN BLANCO.

En el Album de mi queridísimo y malogrado amigo el ilustrado escritor, D. José María Escudero y Franco.

Una página en blanco solo queda;
consérvala por siempre y no la toques,
que algun día quizás grabe tu pluma
los recuerdos de amargas decepciones.
Larga es la vida y el dolor más largo,
pídele al cielo que la dicha logres;
pero ¡ay! amigo, que en el mundo infame
sobran las penas do sucumbe el hombre.
Dulce amistad, deber, santo cariño,
son del pecho que amargan los dolores
suave y fulgente luz que no se empaña,
cual vivos rayos de brillantes soles.
¡Una página en blanco!... quien pudiera
acaso adivinar cómo y en dónde
llenarse puede: si placer ó llanto
su lectura ha de hacer que tu alma brote.
Cuando los años que á evocar te atrevas
de alegres y risueñas ilusiones
ante tí se presenten, lacerando
de hondo pesar tu corazon tan noble:

si intentas escribir en esta página,
pronto tu pluma con anhelo rompe;
que el último dolor nunca se escribe,
porque es tan grande que aniquila al hombre.

1880.

LO INFINITO.

Fijé mis ojos en la azul esfera,
la noche era callada,
tenue y blanca la luz del astro hermoso
que inclina á la esperanza.

A una estrella pedí que me alumbrase,
y el éter en que vaga
débil reflejo á mi curiosa vista
sobre la tierra manda.

Fuerzo la voluntad, doy á los ojos
todo el poder del alma,
y triste, al descubrir que es vano empeño
el móvil de mis ansias:

Del reflejo del astro me despido,
y una voz muy lejana,
—no intentes, dice, averiguar lo bello
que oculto siempre el infinito guarda.

1881.

FIN.